

LÉON DEGRELLE

MIS AVENTURAS EN MÉXICO

Dibujos de Paul Wellens

Ediciones REX

"Los que titubean ante el esfuerzo, es porque tienen adormecida el alma. El gran ideal da siempre fuerza para domar el cuerpo, para soportar el cansancio, el hambre, el frío. ¿Qué importan las noches en vela, el trabajo abrumador, o el dolor, o la pobreza? Lo esencial, es conservar en el fondo del corazón la gran fuerza que alienta y que impulsa, que aplaca los nervios desatados, que hace latir de nuevo la sangre cansada, que hace arder en los ojos, adormecidos por el sueño, un fuego ardiente y devorador. Entonces, nada es áspero ya. El dolor se ha transformado en alegría porque, gracias a él, nos damos más por entero, y el sacrificio nuestro se purifica."

Léon Degrelle

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	3
MIS AVENTURAS EN MÉXICO	9
PRÓLOGO.....	9
AL ABANDONAR EUROPEA	10
EL CANAL DE LA MANCHA, EL ATLÁNTICO.....	12
EN LA TEMPESTAD.....	13
SOBRE LA RUTA DE TAS ANTILLAS	14
LA HABANA	28
LLEGADA A MÉXICO	31
LA NAVIDAD CON LOS MEXICANOS	33
LOS VERDUGOS Y LAS VÍCTIMAS	35
LA FLORACIÓN SANGRANTE.....	37
DOMINGOS MEXICANOS	38
ADIOS, MÉXICO... ..	40
EL DESIERTO OLE CHIHUAHUA	41
AL OTRO LADO DEL PUENTE	42
ILUSTRACIÓN 1. LÉON DEGRELLE EN 1928	15
ILUSTRACIÓN 2. DOCUMENTACIÓN FALSA DE LÉON DEGRELLE UTILIZADA PARA PODER ENTRAR EN MÉXICO.....	16
ILUSTRACIÓN 3. LA PRENSA MEXICANA PUBLICA EN PRIMERA PÁGINA EL «DECRETO DE SUSPENSIÓN DE CULTO» CON EL QUE SE OFICIALIZÓ LA PERSECUCIÓN RELIGIOSA.....	16
ILUSTRACIÓN 4. JÓVENES CRISTEROS, EN LA CIUDAD DE MORELIA, MÉXICO.....	16
ILUSTRACIÓN 5. MIEMBROS DEL PARTIDO NACIONAL REPUBLICANO ORANDO.	17
ILUSTRACIÓN 6. ESTANDARTE CRISTERO.	17
ILUSTRACIÓN 7. TRES GENERACIONES DE CRISTEROS.	17
ILUSTRACIÓN 8. CRISTEROS DEGOLLADOS POR SOLDADOS DEL GENERAL VARGAS.	18
ILUSTRACIÓN 9. FRANCISCO RUIZ Y COMPAÑEROS AHORCADOS EN SAHUAYO.....	18
ILUSTRACIÓN 10. EXHIBICIÓN DEL CADÁVER DE UN CRISTERO.	19
ILUSTRACIÓN 11. EL SACERDOTE AGUSTÍN PRO JUÁREZ REZANDO MOMENTOS ANTES DE SER FUSILADO.	19
ILUSTRACIÓN 12. DIVERSAS ESTAMPAS DE PROPAGANDA CRISTERA EN DONDE SE PLASMA LA TERRIBLE REPRESIÓN SOBRE LOS SACERDOTES CATÓLICOS MEXICANOS POR EL EJÉRCITO FEDERAL.	20
ILUSTRACIÓN 13. LÉON DEGRELLE CAMINO HACIA MÉXICO.	21
ILUSTRACIÓN 14. LÉON DEGRELLE EN EL BARCO, RIO PANUCO, QUE LE CONDUJERÍA A MÉXICO.....	21
ILUSTRACIÓN 15. LÉON DEGRELLE, PERIODISTA, EN ESTADOS UNIDOS.....	22
ILUSTRACIÓN 16. PORTADA DEL N° 1 DE LA PUBLICACIÓN «REX», DE LA QUE ERA DIRECTOR LÉON DEGRELLE.....	23
ILUSTRACIÓN 17. PORTADA DEL N° 2 DE LA PUBLICACIÓN «REX», EN LA QUE SE INCLUÍA UNA CRÓNICA SOBRE LA SITUACIÓN DE LOS CATÓLICOS EN MÉXICO.	24
ILUSTRACIÓN 18. REPRODUCCIÓN DEL ARTÍCULO APARECIDO EN EL NÚMERO 2 DE LA PUBLICACIÓN «REX» EN LA QUE SE HACE UNA CRÓNICA DE LA SITUACIÓN DE LOS CATÓLICOS EN MÉXICO.	25
ILUSTRACIÓN 19. PUBLICIDAD DE LA PUBLICACIÓN «REX».	26
ILUSTRACIÓN 20. REPRODUCCIÓN DE LA PORTADA ORIGINAL DEL LIBRO DE LÉON DEGRELLE «MES AVENTURES AU MEXIQUE».	26
ILUSTRACIÓN 21. LÉON DEGRELLE FOTOGRAFIADO DESPIDIÉNDOSE DE SU MADRE.....	26
ILUSTRACIÓN 22. LÉON DEGRELLE, SEÑALADO EN LA FOTOGRAFÍA, EN 1918 EN SU COLEGIO.....	27
ILUSTRACIÓN 23. LÉON DEGRELLE DURANTE UN ACTO POLÍTICO.	27
ILUSTRACIÓN 24. LOCAL DE LAS EDICIONES REX EN LOUVAIN.	27

INTRODUCCIÓN

por José Luis Jerez Riesco ¹

Léon Degrelle fue el fundador de un Movimiento Político que acuñó la palabra «REX» tanto para las ediciones de la Asociación de la Juventud Belga, la acción católica de aquel entonces que precedieron como para la denominación posterior del propio Movimiento, e incluso, como cabecera del periódico que servía de portavoz al nuevo ideal. REX es un término que se ha familiarizado en la nomenclatura política del siglo XX y su acepción ha sido incluida en todos los diccionarios que circulan por el mundo asociándolo, inseparablemente, con Degrelle, quien, en su obra *Firma Y Rúbrica*² nos deja constancia de que esta palabra procedía de Christus-Rex.

Fue Méjico el primer país que celebró la festividad de Cristo Rey, cuando en 1914 sus obispos solicitaron a Roma la proclamación del Reinado de Cristo sobre sus sedes, su entronización perpetua, profiriendo el grito unánime y enardecido por la multitud congregada, el domingo 11 de enero, a la salida de los oficios religiosos de «¡Viva Cristo Rey!» en una imponente y espontánea manifestación popular que desembocó en la plaza de Zócalo, a las puertas de la catedral de la capital Federal. También en la ciudad de Guadalajara, en el Estado de Jalisco, Monseñor Orozco, en su labor pastoral, difundió la iniciativa entre los fieles de su diócesis con gran celo apostólico.

El único antecedente remoto de tan insólita y ferviente petición sólo lo encontramos en la Florencia de Savonarola. Se puede afirmar, pues, que la invocación a la realeza de Cristo fue una iniciativa mejicana y que su arraigo en aquella tierra llevó al Papa Pió X a instaurar solemnemente, en 1925³, la Fiesta de Cristo Rey, con el significado y el deseo «para que venga a nosotros Tu Reino».

«¡Viva Cristo Rey!» caló hondo en los corazones mejicanos. Era un grito de combate y una afirmación de fe. Cuando los Gobernantes mejicanos, a cuyo frente se puso el tirano Plutarco Elias Calles, se mostraron beligerantes contra la grey católica, los federales desataron una persecución sin precedentes en la historia de la cristiandad. Despectivamente, a los cruzados de la causa de Cristo, se les llamaba por los ateos los Cristos Reyes o Cristeros y con tal nombre pasaron a la Historia y al Martirologio de Méjico.

La imprecación a Cristo Rey era el punto final y remate de sus oraciones. En Guadalajara, durante las jornadas sangrientas y las matanzas contra los cristianos, tras el rosario, al término de las letanías, se generalizó una jaculatoria compuesta por Anacleto González Flores que rezaba: No quiero pelear, ni vivir ni morir, sino por Ti y por tu Iglesia. ¡ Madre Santa de Guadalupe! acompaña en su agonía a este pobre pecador. Concédeme que mi último grito en la tierra y mi primer cántico en el cielo sea: ¡Viva Cristo Rey!

Léon Degrelle siguió atento, desde su Bélgica natal, el desarrollo de los cruentos acontecimientos que tenían lugar en Méjico donde, de nuevo, la fe de Cristo, la misma que latía en su corazón, era la pieza acusatoria inmisericorde para el exterminio en masa de sus fieles. Era una nueva Cruzada en la que perdieron la vida entre veinticinco y treinta mil cristeros en los tres años que duró la guerra. Morían los cristeros en un derramamiento de sangre constante en un flujo continuo y en un goteo cotidiano, sin grandes batallas en campo abierto, pero en partidas formadas por pequeños grupos de resistencia heroica

Fue una lucha encarnizada pero desigual. La violencia más brutal marcó las acciones de los gubernamentales. Era una guerra no declarada pero sí ejecutada. Fue una guerra popular donde los insurgentes eran movidos por una convicción religiosa incólume y los federalistas conducidos por el odio de sus jerifaltes marxistas que deseaban extirpar el sentimiento religioso arraigado en lo más profundo de la médula popular cristera.

Por parte de los militares federales cualquier medio era bueno con tal de crear terror institucional entre la población enardecida y fortalecida por su fe religiosa. Se practicaban las

¹ Presidente de la Asociación Cultural de Amigos de Léon Degrelle

² Léon Degrelle. «Firma y rúbrica». Ed. DYRSA. Madrid. 1986. p. 66

³ Pió X. Encíclica Quas Primas. 11-12-1925

ejecuciones en masa y sin formación de causa, los ahorcamientos seguidos de los péndulos humanos hasta que las aves carroñeras descarnaban a los cadáveres expuestos en los postes de telégrafos a lo largo de las vías férreas, las torturas, las tierras calcinadas a los campesinos, el saqueo, los sacrilegios.

Todo Cristero que caía en manos de los gubernamentales era pasado de inmediato por las armas. Se les fusilaba al instante. La mitad de los caídos lo fueron por prendimiento y ejecución. No sólo los combatientes tenían tal final expeditivo, sino todo aquel sobre el que pesase la sospecha de simpatía o ayuda a los rebeldes, de quienes se podía pensar que bautizaban sus hijos, casaban por la iglesia a sus hijas o acudían, como en los tiempos de las catacumbas romanas, a las misas clandestinas que se oficiaban a la intemperie o en lugares ocultos.

Degrelle, dirigente juvenil de la Acción Católica Belga, quedó conmovido con el ejemplo y la entereza de los Cristeros que se aprestaban a luchar y a morir tan bravamente, unidos en vínculo indeleble por la Causa de Cristo.

El origen de los insurrectos no pudo ser más precario. Se levantaron contra la tiranía y la opresión por un sentimiento superior, sin armas de fuego, ni municiones, de las que se proveían desarmando a los enemigos de la fe, sin uniformes, con el único distintivo visible de un brazalete negro en señal de duelo, en un principio, y con un pañuelo rojo y blanco, atado al brazo, como signo de identificación y reconocimiento, pasando de la partida al escuadrón y de éste al regimiento, reclutando las levadas casa por casa con la predicación de la palabra del Evangelio, en unidades locales, juramentadas con dos únicas alternativas posibles, la victoria o la muerte, en unidades frágiles donde la concentración y la dispersión se fraguaban con la misma celeridad.

El clima se fue enrareciendo, haciéndose cada vez más tenso. En 1920 fue elegido Presidente Obregón, enemigo endémico de la Iglesia Católica. Los dirigentes apuntaron que no había más camino que el que marcaba Lenin y que lo primero que había que hacer para desbrozar el nuevo itinerario político era dinamitar el palacio arzobispal y la catedral, a la que consideraban un nido de víboras.

En 1925 la situación para los católicos era límite. El día 2 de enero el Maestro Anacleto González Florez lanzó un manifiesto convocando a los Cristeros. Guadalajara se agitó. Se formó un primer comité de defensa de la religión, que se transformó en Unión Popular, basada en las ideas del Padre francés Bergeaud, el fundador de la Acción Católica de las Juventudes de México, donde se exhortaba antes a morir que a negar a Cristo Rey.

Pronto la movilización fue general. A la ACJM se sumó la Federación Archidiocesana del Trabajo, los cofrades de la Adoración Nocturna, la Unión de Damas Católicas, los Caballeros de Colón, la Confederación Católica Nacional del Trabajo y las diversas congregaciones marianas. Al frente Palomar, Vizcarra, González Florez, Iturbide, Alemán, Miramón, Mejía... Como desconocían el arte de la guerra y las tácticas militares, contactaron con el general Orosquieta, a quien encomendaron la coordinación de la estrategia militar.

El Presidente Calles, llamado «El Bolchevique», era la dictadura en persona y la crueldad viviente. Contó con el apoyo y el respaldo de los norteamericanos en armas de todo calibre y en dinero para aplastar a los Cristeros. Era Calles masón alcanzando, dentro de la secta, el grado 33. Fue el adversario que más odió a la Iglesia, y se propuso, en un siniestro compromiso, aniquilar todo brote de espiritualidad católica. Expulsó del territorio mejicano a sacerdotes, clausuró colegios y escuelas católicas, cerró conventos, abatió las clausuras, truncó oratorios, suprimió y penalizó el culto en las iglesias y decretó el Laicismo en la enseñanza.

Ante este panorama, el 21 de abril de 1926 se alzaron las voces de la carta pastoral colectiva en la que se decía: «ha llegado el momento de decir «nom possumus», ratificada en la del 25 de julio, donde se convocaba a «imitar la constancia de los primeros cristianos que murieron logrando que su sangre fuese semilla de nuevos convertidos», ideas revalidadas en la nueva pastoral del 12 de septiembre.

El último día de Julio de 1926 fue el postrer del culto en las Iglesias mejicanas. Ese fue el detonante del comienzo de la guerra Cristera, de la llamada Cristiada. Junto al pueblo humilde estaban algunos Obispos, como el del Estado de Colima y el de Jalisco, y más de cien voluntarios sacerdotes que se negaron a abandonar el rebaño en los momentos más álgidos de la

persecución y fueron sus capellanes, algunos, incluso, dejaron su ministerio y tomaron las armas, así, dos sacerdotes llegaron a generales, los padres Aristeo Pedrosa y José Reyes Vegas.

El Gobierno asesinaba a los sacerdotes en sus diócesis y parroquias. Fueron 90 los acribillados, de los que 59 lo fueron en la archidiócesis de Guadalajara, 35 en Jalisco, 6 en Zacatecas, 18 en Guanajuato y 7 en Colima.

Los Cristeros eran soldados de Cristo. Tras la dura jornada, sin experiencia ni formación militar a sabiendas de que el ejército enemigo era superior en número elevado a la enésima potencia y que no cabía la posibilidad de caer prisioneros sino sólo la encarnizada batalla, la guerrilla, el cuerpo a cuerpo y, si tenían la desgracia de ser detenidos, el fusilamiento o la horca. Por la noche rezaban y cantaban canciones piadosas, himnos de su fe pura e inmemorial.

Este espectáculo de gloria y martirio, de sacrificio y heroísmo, de entrega, renuncia y altruismo, fascinó a Léon Degrelle que era, desde su más tierna adolescencia, el caudillo de una generación épica. Degrelle encontró en Méjico, en aquella multitud combatiente y despendida, el preludio de lo que en Europa sería la juventud idealista de la década de los años treinta. Escribía en 1929: «Hace mucho tiempo que la tragedia mejicana me devora el corazón como una sierra de acero»⁴.

Reflexionaba sobre los 12.000 católicos que en Méjico habían encontrado la muerte en atroces circunstancias, torturados, quemados vivos, ahorcados por un salvajismo revolucionario y anticlerical. Quiso alinearse, asumir la defensa de aquel pueblo en guerra Cristiada, perseguido y hostigado sin tregua. Un día tomó una irreversible decisión. No podía seguir escuchando en la distancia. Ya había oído bastante, tenía acumuladas suficientes razones y fundamentos. Se puso en marcha. Había tomado la resolución de marchar a Méjico a llevar el apoyo moral y humano a los Cristeros. Consultó su idea con el Abad Wallez, quién escuchó atento los riesgos de la aventura. Como era un hombre entusiasta, después de oír el relato de Léon, alzó sus brazos al cielo y le gritó: «Bueno, vaya!» Era como un espaldarazo a la expedición en solitario.

La primera dificultad con la que tuvo que enfrentarse fue la de obtener de los representantes mejicanos el visado de entrada en el país. Se había destacado Degrelle por sus artículos sinceros y contundentes sobre la situación en Méjico. Pensar que le permitirían el acceso al interior del territorio era una quimera imposible. Tuvo que recurrir a proveerse de una documentación falsa. En su nuevo pasaporte, con la flamante y recién estrenada identidad, figuraba como profesión la de médico. Con este camuflaje pudo el día de San Nazario de 1929, embarcarse en un vapor con una potente chimenea central que vertía bocanadas de humo negro y denso y que realizaba el derrotero desde Hamburgo a Vera Cruz.

Su indumentaria era ágil y ligera. Vestía un pantalón bombacho y unas medias-caletín que le llegaban hasta la rodilla. En su estampa y sus andanzas se inspiró Herge para crear su famoso personaje de «Tin-Tin», que no era otro que el mismísimo Léon Degrelle, popularizado en el mundo del cómic sin que los lectores lo hubieran podido atisbar aun abusando de su fantasía. El nombre de «Tin-Tin» fue debido a la imaginación de Herge, *pero el personaje era el hilo de mi aventura*⁵ nos descubrirá Degrelle. En 1975 Herge declaraba en una entrevista a «La Libre Belgique»: descubrí las tiras de dibujos animados gracias a Léon Degrele. Éste había ido como periodista a Méjico. Desde allí envió crónicas y periódicos locales donde se reflejaba la atmósfera. Fue así como descubrí el primer cómic.

Cuando Léon Degrelle sube y rebasa la escalerilla del barco que le traslada, una idea le asalta y le produce, instantáneamente, cierta melancolía: «parto sin saber si volveré»: emprendía rumbo a lo desconocido, a un nuevo continente, en armas, en crisis, incierto. Encuentra súbito la respuesta: «¿Dejarte abatir? Tu vas a servir a los tuyos. Incluso, si por casualidad, allí dejas tu piel ¿podrías soñar con algo mejor por lo que ofrendar tu vida?»⁶. Léon contaba entonces 23 años.

El barco avanza perezoso. Atraviesa el Canal de la Mancha. Sale a mar abierto. Se adentra en el Océano Atlántico en medio de una borrasca que produce una fuerte marejada con olas de

⁴ Léon Degrelle «Mes Aventures au Mexique». Ed. Rex. Paris-Louvain-Milan. 1933. p. 11

⁵ Léon Degrelle. «Tin-Tin mon copain»

⁶ «Mes Aventures au Mexique» op.cit. p. 17

hasta seis metros. El barco se tambalea en la tempestad. Es imposible asomarse a cubierta. Son seis días turbios, con vientos desatados y olas encrespadas. Después, de súbito, amaina el temporal y la bonanza se adueña del entorno. Los bancos de niebla, húmeda y pálida, se alternan con rayos de sol. Un día, a lo lejos, en la raya marina, divisa las Azores que pronto se quedan a estribor. La primera escala donde se detiene el barco es en La Habana, en la Isla de Cuba. Allí el barco atraca 24 horas, que Degrelle aprovecha para bajar a tierra y recorrer, a paso ligero, aquella ciudad señorial y caribeña con añejo sabor español. Según nos dice queda enamorado de la isla.

Dos días más tarde llega a Veracruz, el puerto de acceso a Méjico. El viaje había durado 23 jornadas desde que saltó a la superficie flotante en los muelles de Hamburgo. Al aproximarse el barco al malecón sintió una emoción contenida por arribar al país donde doce mil de los míos han caído mártires o héroes, por la causa de Cristo para la que yo vivo. Es a ellos hacia quienes me dirijo, sabiendo bien lo que arriesgo.

Para Léon iba a comenzar, a partir de ese instante, la verdadera vida, la auténtica existencia, el genuino afán de vivir por una causa noble y no sólo en teoría, sino con el ejemplo y en la práctica, en vivo y en directo, no en las tertulias de café ni en los mentideros de las ciudades.

Cuando el barco se posa junto al muelle es de noche. Viene provisto de documentación falsa. No tiene dinero local, pesos, ni conoce a nadie en aquella inmensa tierra continental. Su única esperanza era el cable que, desde alta mar; había enviado a un remitente mejicano con quien se había cruzado alguna correspondencia. El texto al destinatario, que ignoraba su recepción, decía: «amigo belga va en camino»⁷. Nadie le esperaba, ni le aguardaba, para darle la bienvenida, ni para facilitarle los primeros trámites en una tierra ignota para él. Se puso a guardar una interminable fila que se alineaba compacta dispuesta a diligenciar las formalidades aduaneras y cuya multitud procedía de los cuatro barcos que habían efectuado la entrada al anochecer de forma casi simultánea. Había más de mil pasajeros que habían desembarcado a la misma hora. La policía sellaba los salvoconductos y pasaportes sin demasiada parsimonia, por la faena que se le acumulaba en aquella concentración de público, lo que facilitó su acceso pasando desapercibido entre el gentío.

Sus primeros pasos los dirigió a un hotel modesto, en las inmediaciones del puerto donde se inscribió con el nombre de Danton. Dejando en el pequeño cuarto el ligero equipaje de mano, se fue a dar una vuelta por los alrededores. Allí se produjo el primer milagro y una afortunada coincidencia. Un joven le paró y le pregunto «¿Es Usted Léon Degrelle?», en voz baja e íntima. Este le responde afirmativamente, y entonces el joven le muestra, en la parte posterior del ojal de su solapa, la insignia de la juventud católica mejicana. Era portador de una fotografía de Léon Degrelle, que tenía recortada y que se publicó en el folleto de 61 páginas que se había editado con el título de «Les Taudis» (los cuchitriles, los tugurios). Fue un encuentro providencial. El cable se había recibido y el joven que me descubrió, deambulaba, desde hacia varias horas, atento, provisto con su insignia y la fotografía en su desesperada búsqueda.

Al día siguiente emprendieron por ferrocarril un largo viaje hasta la capital del Distrito Federal de Méjico. El tren, atravesando llanuras y montañas, consumió más de quince horas, siempre en dirección poniente. Al llegar al andén de la estación, un grupo de Cristeros, confundidos entre la multitud, esperaban su llegada, y tras los saludos y el abrazo apretado y fuerte, emocionado, en auto se desplazaron hasta el lugar que sería su refugio la primera semana de estancia.

La Navidad de aquel año la paso Léon Degrelle con los mejicanos. En esas fechas entrañables pudo contemplar escenas insólitas, como un sacerdote, que tenía que decir la misa en un garaje, confesaba en una silla ubicada en la esquina del refugio, se vestía detrás de los vehículos estacionados y, rodeado de los fieles que se apiñaban en su alrededor, consagraba, con una leve expresión en sus labios, las sagradas formas. Cuando se terminaba el oficio eucarístico se cambiaba de ropa. Léon fue testigo, en ese ambiente de catacumbas de los primeros tiempos, como el agua bendita la portaba el señor cura en el cargador de una pluma estilográfica.

Aquellas inolvidables fiestas navideñas las pasó en el Estado de Jalisco, que linda al oeste

⁷ ibidem. p. 38

con las arenas, las palmeras y el horizonte del Océano Pacífico, cerca de la ciudad de Guadalajara. Se adentró en la serranía y visitó algunas tribus indias de huicholes, con sus blancos tajos de hilo y sus bordados multicolores, entre los que destaca el bermellón, trenzados con geométricos dibujos de punto de cruz, escuchando de la boca de los ancianos sus memorias del largo viaje de los ciervos ancestrales y el significado de la Nierika, esas piedras calizas redondas, horadadas con un círculo hueco en el centro por el cual ve Dios al hombre y el hombre a Dios. Acababa de abandonar aquellos parajes cuando, un cuarto de hora más tarde, caían muertos seis católicos en una emboscada de los federales.

Asistió a las fiestas de las «posadas de la Navidad», esas ingenuas representaciones religiosas interpretadas por los más humildes, una especie de autos sacramentales para loar la Natividad y que suelen terminar con la euforia y la alegría de las piñatas.

Para todos era el Dr. Machin. Ese era su nombre de adopción y la identidad que utilizó durante su viaje.

Hay una afirmación que es todo un veredicto. Escribe Degrelle: «No me hubiera importado morir aquí, con 25 balas en el cuerpo y gritando como lo hicieron doce mil mártires «¡Viva Cristo Rey!»⁸. Tal fue el impacto que le produjeron las sensaciones vividas en aquellas tierras que acarició en su pensamiento, la idea altruista y generosa de morir en Méjico por la causa Cristera, que él consideraba como la epopeya de un pueblo mártir, y a sus hombres nos los describe como caballeros místicos y rudos, Cristianos⁹.

Mientras treinta mil jóvenes campesinos y artesanos empuñaban el fusil generosamente, y sus madres, esposas y novias eran maltratadas, condenadas a trabajos forzados o deportadas, los comunistas se dedicaban al pillaje y la rapiña, cometiendo crímenes, sacrilegios y orgías esperpénticas. Los jefes gubernamentales que se auparon en el poder sin fortuna, amasaban riquezas de escándalo, como el ministro Marónos, que poseía en Talpa un castillo, cuadros y obras de arte requisadas de todas partes, o como la mismísima hacienda del Presidente Calles, «el Bolchevique», situada entre Méjico capital y la ciudad de Puebla, que era una de las fincas más ricas del país, en la que acumulaba joyas como cascotes, coleccionaba coches de lujo y requisaba para sí todo cuanto podía, y todo ello, sarcásticamente, enarbolando la bandera de una pretendida revolución comunista y atea.

Léon Degrelle peregrinó por todos los frentes donde se «batían el cobre» los Cristeros. Recorrió más de cuatro mil kilómetros, llevándose en su retina los fuertes efectos de la emoción y la fe curada. Compartió sus comidas de campaña, que elaboraban con los productos que les ofrecían los campesinos o las viandas que, de forma arriesgada, les pasaban las damas católicas. Durmió al raso. Al despertar y, tras la oración del alba, caminaba, y al pasar cerca de pueblos, donde el punto más elevado era la torre del campanario, veía con orgullo tremolar banderas con la leyenda «Cristo Rey».

De cuando en cuando tropezaba con túmulos de tierra mullida. Eran las sepulturas de los Cristeros, las tumbas que sobre un montículo, en la cabecera, una simple cruz de madera y una inscripción repetida y única: «Muerto por Cristo Rey». Eran los cuerpos yacentes inmolados por el amor a Dios.

Tuvo la oportunidad de visitar la celda donde escribió las últimas cartas León Toral y el paredón en el que se le fusiló por haber acabado con la vida del tirano Obregón, aquel que ordenaba las masacres y el exterminio de los cristianos. Nos confiesa Degrelle que lloró en aquel lugar¹⁰. También recorrió las tapias del cementerio de Guadalajara, en donde se sacrificaba a los mártires. Hasta allí acudían, devotamente, las mujeres con pañuelos blancos y delicados para guardar la sangre, conservándola como reliquia, derramada por aquellos gigantes de la Cristiandad.

El día primero del año 1930 se encontraba Léon Degrelle en Chápala, el inmenso lago interior que dista medio centenar de kilómetros de la ciudad de Guadalajara. Aquí se atrincheraron los Cristeros en una pequeña isla, que emerge en medio de las aguas dulces y remansadas, donde

⁸ ibidem. p. 51

⁹ ibidem. p. 60

¹⁰ ibidem. p. 65

los rayos del sol azteca resbalan todos los amaneceres y en el crepúsculo.

Sobre el terreno vivió las claves del conflicto. Comprendió el sentido de la lucha. Vibró al unísono con sus Cristeros. Consoló a los padres de los mártires, que lloraban de dolor y alegría simultáneamente. Arengó a los combatientes. Sintió, en sus entrañas la agonía del catolicismo y su estrangulamiento por unos dirigentes marxistas que no habían previsto en su tosca crueldad la energía del Evangelio.

También observo de cerca a los revolucionarios marxistas y pudo estudiar sobre el terreno, su fracaso social y agrario.

Visitó las escuelas con los crucifijos profanados, giró visitas a las cárceles y prisiones, para analizar en directo el sistema penitenciario, asistió a orgías y mítines convocados por los nuevos tiranos de la situación revolucionaria.

Tal fue su intensa actividad que recopiló papeles y documentos que, en bruto, pesaban 72 kilogramos. Era el material que traería para Bélgica como prueba evidente de lo que había sucedido, que personalmente pudo contemplar y que estaba ocurriendo en Méjico.

Habían transcurrido tres meses desde que Léon partió de su país, donde había dejado a una madre inquieta y preocupada. Era la hora del regreso. La despedida tuvo lugar un domingo. Los Cristeros celebraron una asamblea a la vez multitudinaria y clandestina. Abrazos. Sollozos. Lagrimas en los ojos. Degrelle se sentía orgulloso de haber mezclado su ilusión, ardor y juventud con aquella sangre y con aquella fe de pedernal. Partió primero en tren y posteriormente tomó un autobús. Atravesó Queretaro, ciudad en la que había muerto en 1867, acribillado a balazos, el emperador Maximiliano por orden de Juárez en el Pico de Las Campanas. La tierra, a medida que se aleja, se hace cada vez más desértica. El coche de línea, entre una estela polvorienta, avanza hacia el norte. Allí, en aquellas quebradas, reseca y agrietadas por la sed, en aquel inmenso desierto, dejaron su vida muchos Cristeros, con la mirada fija hacia el cielo y sus brazos en cruz. Estas eran las meditaciones y pensamientos de Léon Degrelle cuando el autobús se detuvo en una dilatada parada en la localidad de Torreón en pleno e inmisericorde desierto. Atravesando el Río Grande llegaba a los Estados Unidos. Atrás quedaba una aventura y una experiencia singular que se inició cuando tomó la decisión de unirse a los Cristeros, mostrarles su solidaridad y aliento, y que le hizo añorar como timbre de gloria una muerte semejante y ejemplar en aquellas tierras de cactus y magüey.

LEÓN DEGRELLE

MIS AVENTURAS EN MÉXICO

Dibujos de Paul Wellens

Ediciones REX París • Lovaina • Milán

A Marie-Paule

PRÓLOGO

Léon Degrelle es uno de esos temperamentos que uno siente desde el primer contacto como el fruto de su siglo. Cuando digo de su siglo, exagero. Existen espíritus marcados por el sello de una fracción de siglo, de una década, o incluso de un año, pero se puede asegurar que Léon Degrelle es de pura acuñación de 1930.

Algunas enseñanzas de la escuela nos recuerdan que existió antaño una llamada «Generación de 1830», que pasaba el tiempo armonizando cánticos sobre el árbol de la libertad. A cien años de distancia los últimos nietos de aquellos que la componían se han puesto, no a cantar a la bella libertad, sino a utilizar todo lo bueno para apoderarse del mundo. Es infinitamente más práctica esta nueva generación y, sin embargo, conserva el aspecto épico. Entronca con el avión, el cine, la radio, con estas creaciones prodigiosas que nos ponen el universo en las manos, no imaginariamente como los románticos que estaban forzados a resignarse, sino en viva y ardiente realidad. Esta generación revela la juventud de estos soberbios instrumentos de conquista. Son, en suma, de la misma edad. Progresan conjuntamente y caminan aliados hacia su madurez. Con estos hombres, con estas innovaciones, he aquí que a la embriaguez de una idea vaga suceda el entusiasmo febril, impaciente, altanero de un grandioso dominio.

De entre los nuestros, Léon Degrelle es quien personifica más nítidamente semejante fecha y similar carácter. Lo ha demostrado de muchas maneras, pero el rasgo verdaderamente típico de una juventud sintonizada con su tiempo ha sido una concreta expedición a México. Allí se encuentra completamente -le digo a Léon Degrelle- la juventud de 1930 y también el ritmo del mundo nuevo. Proyectos enormes y medios de fortuna, entusiasmos súbitos e indignaciones formidables, decisiones aterradoras y una audacia a la altura de las circunstancias. Todo parece desmesurado en esta aventura y, sobre todo, la propia idea de una investigación a través de las trampas, empresa ardua para alguien que no es del oficio y que no conoce el país. Y sin embargo, se llevó a cabo. El plan se ejecuta, pero no como se habría desarrollado en otro tiempo. Esta indagación no versa sobre la invención de los buques de turbina o de los expresos transcontinentales: es de una naturaleza bien distinta. Nosotros no estamos ya en la era de la velocidad, sino bajo el signo del vértigo. No son el estilo cinematográfico, hasta estos apuntes en cohete, hasta las descripciones mediante pequeñas pinceladas de urgencia, los que nos recuerdan el tiempo en el que vivimos y el huracán que nos empuja.

Una parecida manera de ver las cosas no es sólo interesante. Se cesa de escudriñar con mirada curiosa y se comienza a sentir los latidos del corazón cuando, bajo esta armadura del alma, se percibe una idea generosa, cuando esta intrepidez y estos arrebatos se ponen, en realidad, al servicio de una causa grande. No fue sólo por el único placer de sobrevolar el mundo el motivo por el cual un buen día Léon Degrelle emprendió su vuelo. Sentía que tenía algo mejor que hacer que de burlador, por diversión, de aduanas y de policías. Un pueblo gemía, lloraba desde lo más profundo de su alma, y fue al escuchar este desgarrador lamento cuando uno de nuestros jóvenes acudió hasta allí.

GIOVANNI HOYOIS,

Presidente General de la Juventud de Acción Católica Belga (A.C.J.B.)

Al abandonar Europea

Estamos en 1929. Hace ya mucho tiempo que la tragedia mexicana me lacera el corazón como una garra de acero. Doce mil católicos han caído allí, en atroces circunstancias, torturados, quemados, ahorcados... Uno escucha, allende los mares, lamentos lejanos. ¿Qué es lo que ocurre exactamente? ¿Cuándo se podrá, con argumentos y detalles precisos, asumir la defensa de este pueblo liberado del salvajismo revolucionario y anticlerical? Nadie se mueve. Yo ya he esperado demasiado. Está bien, iré allí.

Ocho días después pude acordar con dos periódicos, uno de Bruselas y otro de Roma, que me pagasen la «partida» por no tener yo un céntimo. Eso se vería más tarde: marchemos, pues, de todos modos. Pero se daba la circunstancia de que había escrito contra el Gobierno mexicano artículos vitriólicos. Resultaba, pues, inútil intentar obtener el visado de entrada por los cauces normales. Cambiemos el decorado. Rápidamente me procuro documentación falsa. Ahora soy un joven médico. Y en un abrir y cerrar de ojos, es como si hubiera envejecido cuatro años: ¡estas son bromas que no se deben repetir demasiado a menudo!

«Entonces, mi viejo, tú te vas a marchar... por San Nazario. El próximo jueves. Pero después de tu visita, bajo tu falso nombre, a la Embajada Mexicana, donde tú no habías salvado las emboscadas más que fanfarronamente, un buen hombre barbudo te siguió por todas partes como si fuera tu sombra. Es gentil, pero embarazoso. Ve atento si no quieres terminar demasiado pronto tu viaje...»

Tengo decidido llegar hasta el final. Un barco zarpa de Hamburgo hacia Veracruz al anochecer. Telegrafía. Después subo en un avión que me hace atravesar de un salto un tercio de Europa.

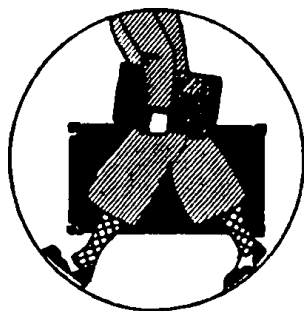
Contemplo atentamente el paisaje, para no pensar demasiado en quienes, en mi patria, quedan angustiados por mi locura. Me mantengo firme. Mi mirada sobrevuela las cercanas alineaciones, en hileras muy prudentes, de los largos bastones huecos de las chimeneas, o las granjas, donde las gallinas y los puercos huyen en todas direcciones, bajo el estrépito de mi trimotor... Las aldeas pasan, con sus centenas de manchas luminosas de miradas dirigidas hacia el cielo, por donde nos deslizamos. Dios mío, qué monotonía, estas casas, estos bosques, estas turberas interminables... He aquí los largos resplandores de un río, Hamburgo. El avión se adentra entre las nubes para sobrevolar la ciudad. Después, bruscamente, comienza el descenso en espiral.

Doy un brinco en un coche. Corremos a lo largo de los muelles. Ya el navio silba y vocifera. Salto a bordo. La pasarela se repliega hacia nosotros. Algunos proyectores salpican, en el ocaso, a la multitud amontonada frente al barco que se pone en movimiento. Los gritos se paran bruscamente y un canto emocionante se eleva. Una joven agita el pañuelo en el extremo de un madero. Se llora. Se hacen gesticulaciones. Y en la proa del barco, apretando los dientes para no dejarme vencer por la emoción, pienso en la aventura hacia la cual parto, sin saber muy bien cómo volveré...

Algunos remeros de los botes se desgañitan en nuestra estela para acompañarnos el mayor tiempo posible... Las riberas del río ya se alejan. Hay luces por todas partes. Y a lo largo de todo el barco, los ojos de algunos que se desesperan se aferran a las últimas líneas de las tierras sombrías... No se dice nada más. Sin duda, el barco lleva consigo, con dolor y en silencio, muchos dramas... Yo sueño, vuelvo a ver mi casa... a mi madre que lloraba... Los recuerdos se abaten ahora sobre mí, pesados y lánguidos como el crepúsculo... Me sacudo. Camino. Calo mi gorra de viaje hasta mis cejas para poder resistir el vendaval que nos trae el áspero saludo de la mar próxima...

¿Cómo? ¿Te dejas abatir? Tú vas a servir a los tuyos. E incluso, si por casualidad tú debieras allí dejar tu piel ¿podrías tú, acaso, soñar con algún don más noble en tu vida?

Llega la noche... Todo se diluye en la oscuridad. El navío enfila su derrotero hacia el Mar del Norte. Ya no se escuchan más, aunque en la lejanía, que los aullidos de los perros en la costa, último adiós, invisible y lastimero, de la Europa abandonada...



El Canal de la Mancha, El Atlántico...

No he dormido. No porque la emoción me haya cortado el sueño. El peligro como el placer dejan intacto mi motor. No he dormido sencillamente porque estoy alojado en el fondo de la bodega, en lo que, se puede decir, es la parte más barata del barco: un reducto de tres metros por dos metros y medio, donde seis emigrantes están hacinados. Yo formo parte de este cargamento humano.

Tenemos, como catre, unas mantas ásperas tiradas sobre unos estrechos muelles. Encima de mi nariz, un danés hace una gimnasia fabulosa para desnudarse sin que podamos captar las maravillas de su vellosa anatomía. ¿De dónde viene este pobre diablo puritano? Vamos a pasar juntos veintitrés días, durante los cuales no va a abrir la boca para pronunciar una sola palabra en ninguna lengua del planeta.

Las máquinas arman, a mi izquierda, un tremendo estrépito. Los émbolos me rompen las sienes con unos jadeos regulares. Me giro. Vuelvo a darme otra media vuelta. ¿Cuándo podré dormir...? Un cubano ronca. Un americano acaba de encender un cigarrillo. Y siempre estos émbolos infernales... Esto es insoportable. Agarro la jarra de agua y lleno la palangana, que será, durante casi un mes, nuestro aguamanil común.

El día amanece, ligero, con dulces ribetes nevados en las crestas de las olas. Unos barcos alados danzan sobre la mar. Por todas partes velas blancas y tostadas... Queridas y tiernas aguas del Norte... Mis ojos exploran el horizonte. Imagino la buzada blanda... Le Zoute, Le Coq, Ostende. Ésta debe estar por allí. ¿Por qué, pues, un país que se abandona se despierta de repente en un cuerpo...? Al final de la estacada invisible, mis ojos perciben una silueta alargada, un gran continente claro y triste, y unos ojos verdes como las algas...

Se acaba. La noche se cierne. Allá a lo lejos, enfrente, las luces de mi patria parpadean, sin duda, en la oscuridad que sopla... Toda mi juventud se va sobre las olas locas que avanzan en marea tumultuosa hacia mi país...

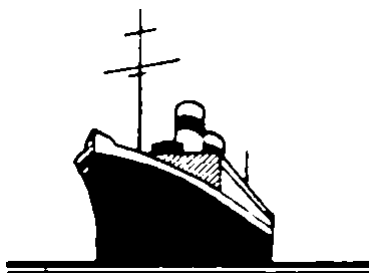
La campana tañe en la pesada bruma. Uno acaba de zarandearme. Un hombre se ha inclinado hacia mí, el «camarero», que me ha tomado por un francés. Este alemán me ha despertado para decirme con voz emocionada: «Señor, se puede divisar su patria...»

Amo Francia, pero quisiera dormir. Por tanto, no puedo hacer otra cosa que levantarme: este mozo ha querido darme una alegría. Me subo al puente. Se pueden ver, muy a lo lejos, unas filas de luces marcar, en la noche cerrada, como jalones, el suelo francés... «Señor, se puede divisar su Patria...»

Pero no. Mi país ya se ha desvanecido en la oscuridad. Sin embargo, esta palabra, patria, sacude en mí ecos extraños que me hacen sentir mal...

Un nuevo día, aún, para atravesar La Mancha. Las gaviotas recortan sus suaves blancuras en los aires. Desde los acantilados, la mitad de los pasajeros respira los aires de Guillermo el Conquistador. Alcanzamos la isla de Wight. La Marina de Guerra inglesa pasa con sus acorazados, se escuchan las voces de los cánticos de los marinos y de los fonógrafos... Los faros, con su sombra estilizada, y los hidroaviones macilentos vigilan. Southampton. Embarcamos un ejército de religiosos y de monjas. La sirena aúlla una última vez.

El barco baila. La noche. La lluvia cae a golpes sobre los puentes... Nadie... Sueño, con la mirada perdida, en lo alto de la pasarela... Las olas se encrespan... Tempestad que muere en mi corazón y que nace sobre la marea... Hemos entrado en el Atlántico.



En la tempestad

Los quehaceres se han echado a perder. El barco no avanza. Ayer, todavía, pudimos ver algunos acantilados rosáceos. Hoy, el Océano nos hace danzar y trata de atraparnos el paso...

La mayor parte de los pasajeros han tratado de encaramarse a los puentes. Lo han pagado, naturalmente: ¡quieren disfrutar del espectáculo! El más bello espectáculo es, indiscutiblemente..., su figura. Están amarillos o verdes. Tienen hipo, se taponan los labios. Un chiquillo se ha puesto a vomitar de cara al viento y bendice naturalmente a todo el vecindario: ¡es la señal de la derrota!

El barco, consciente de su victoria, comienza a hocar. Murallas de agua se abaten sobre las galerías. En lo alto, Incansablemente, la campana tañe en la niebla-La retirada se consuma al segundo día. Estamos sentados una docena de comensales a la mesa para liquidar con convicción los fruteros de albaricoques y engullir las salchichas de Frankfurt. Los demás no han querido aguantar. Se quedan refunfuñando en sus colchonetas, solicitando al «camarero» que alimente a todos los tiburones del océano... Sólo hay una mujer de pie, una joven judía polaca, con grandes ojos feroces, que se ríe sola, burlonamente, en el vendaval.

El barco no avanza, por decirlo de alguna manera. Ni una vela. Ni un silbido de sirena. Ni una luz, la noche. No hay manera de asirse a la mesa. Mi vecino, un inglés de dieciocho años que quiere convertirse en «cow-boy», solicita al camarero, cada diez minutos, una limonada que el balanceo derrama matemáticamente; esto no puede durar más; un golpe más violento: mi inglés vuela por encima de su silla y, como un tonel, ¡rueda hasta la puerta de un camarote en la que penetra con estrépito!

La noche triunfa. Uno se desploma bruscamente, con los pies en el aire, dando la impresión de que da una vuelta de círculo completa. Después, el circuito se inicia en sentido contrario, en medio de un bamboleo infernal de palanganas, cepillos de dientes, maletas, zapatos, ligas de calcetines y boyas de salvamento.

No es el momento propicio para afeitarse: uno se partiría la figura en dos. Tenemos barbas proféticas y de bucaneros, con pelos de seis días ¿Qué se puede hacer? ¡Dado que los pasajeros, casi al completo, están agonizantes, por encima de todos ellos ruedan las bacías, las cubetas y los barreños de a bordo!

La única distracción que hay es la de subir a lo más alto del buque: allí, al atardecer, abrazado a un mástil para evitar un chapuzón, canto a voz en grito, al viento y el rocío marino, con aires nostálgicos de la tierra, de la casa... La tempestad penetra en mi cuerpo con su rudo estruendo de combate... Exaltación. Magnificencia...

Pero poco a poco, al cabo de seis días, el huracán se calma. El ojo de buey, esta mañana, nos mira con una ventanilla clara. Me levanto sobre mi camastro. Veo festonear el mar, con crestas color gris pálido: las islas Azores...

Y para remarcar el nuevo tiempo, los resplandores de un techo soleado blanquean la lejana costa.



Sobre la ruta de las Antillas

El sol se desparrama sobre el oleaje inmensamente calmo y todo parece cambiar... Nos deslizamos entre las islas con nombres de flores... Algunas gaviotas revolotean con sus graznidos tristes... Los tejados se aproximan, luminosos y cálidos... Poco a poco, algunas lánguidas mujeres reaparecen sobre los puentes de a bordo, colocando su cara al sol y ofreciendo su sonrisa a las Azores... Estamos salvados... Ahora es el gran soponcio con la crudeza solar. Alguno se tumba en las hamacas o incluso en las planchas del puente. Una ligera brisa acaricia los vestidos... A lo lejos, todo es azul, todo está unido; algunas lianas y bejucos pasan trayendo el apretado saludo, verde y amarillo, de las profundidades de los golfos caribeños... Uno se inclina con reverencia, conmovido por la dulzura del aire, el color del agua y la brisa tibia que broncea en el entorno...

Trabo conocimiento. Un alemán acaba de dirigirse a mí en francés. Olvido que tiene un ojo enfermo, parecido a los huevos de rana... Habla en francés, ¡ah! Finalmente... pronuncio algunas palabras que resuenan al viento. Las encuentro como sabores de los frutos maduros, y me gusta este alemán que me permite pronunciarlas. Se llama «Mossieu Jacobi». Ha sido intérprete durante la guerra y ha servido a su país intercambiando, a escondidas, la harina del «Reich» por la mantequilla y los huevos de los campesinos. Habla con adoración de su mujer. Le pregunto amablemente si tiene una foto de ella. Se alegra mucho y me muestra, embelesado, un cartón sobre el cual ¡una matrona fenomenal, en bañador, emula a Venus, bajo un cerezo en flor! ¡Bravo Jacobi! Su mayor placer es tomar fotografías. Me hace poner delante de él. Calcula la distancia durante un cuarto de hora, se pone en cucullas, pone en marcha el disparador, y después se da cuenta, cuando se había terminado, de que ¡se había olvidado de abrir el objetivo de la máquina o de cambiar la plaza!

Estamos en mangas de camisa. El calor es asfixiante. Se duerme. O se habla con algún vecino, desfallecido, bajo el sol... O se va uno a nadar. Sí, a nadar...a la proa del barco, a cielo abierto. Se encuentra allí instalado un gran recipiente de tela, alimentado continuamente por el agua del mar. Allí se puede uno zambullir. Se puede incluso remojarse el cuerpo con una bomba de agua. ¡Se puede uno desternillar de risa con la pelambreira de Mossieu Jacobi! Después de refrescarse, se puede extender el cuerpo a pleno sol, inerte y cocido. Las guitarras de la orquesta revivifican los nervios. Pero uno se queda quieto. En la modorra del medio día, solamente aún brincan, cerca del barco, los gruesos delfines viscosos y los pescados volanderos...

Por la tarde, todo el puente se ilumina. Se cena en traje de noche o con disfraces. El cielo es mágico, un gran disco rojo forma un aura alrededor de la luna, millones de estrellas resplandecen en el cielo, el barco camina a grandes zancadas en el mar fosforescente...Se baila, locos de alegría, en la noche maravillosa, embriagada por los desgarradores llamamientos de los saxofones.

Las horas se escapan como las melodías... No existe nada más que la música y el encanto de las noches tropicales... Uno tiende su cuerpo hacia la marea centelleante. Se queda anonadado sobre el puente, con el rostro hacia las estrellas. Se sueña con otros mundos, ardientes y arrebatadores... Embriaguez de las cálidas noches sobre la ruta plateada de las Antillas.



Ilustración 1. Léon Degrelle en 1928

SERVICIO DE MIGRACION		Forma 3 ORIGINAL
TARJETA ESPECIAL PARA TURISTAS		
Derechos: \$1.00. y personas comprendidas en la Ley IV del art. 26 de la Ley		
Tarjeta expedida en la Oficina de la Migración - No. 1234		
Tarjeta No. 1234 expedida por el Consulado General de México en Buenos Aires el 15 de Noviembre de 1934.		
La siguiente fotografía clasificada a la (a) persona (a) clasificada (a).		
Edad 28 años. Estado civil Soltero. Profesión u oficio Abogado. Nacionalidad española. Domicilio en Buenos Aires, Argentina. Lugar y fecha de ingreso al país. Nueva O.E.		
Motivo del estudio en el país. Colaborar en el estudio de la migración.		
Otros datos.		
Recibido en Migración el 15 de Noviembre de 1934.		
Paul Houston		



Ilustración 2. Documentación falsa de Léon Degrelle utilizada para poder entrar en México.



Ilustración 3. La prensa mexicana publica en primera página el «Decreto de suspensión de culto» con el que se oficializó la persecución religiosa.



Ilustración 4. Jóvenes cristeros, en la ciudad de Morelia, México.



Ilustración 5. Miembros del Partido Nacional Republicano orando.



Ilustración 6. Estandarte cristero.



Ilustración 7. Tres generaciones de cristeros.



Ilustración 8. Cristeros degollados por soldados del general Vargas.



Ilustración 9. Francisco Ruiz y compañeros ahorcados en Sahuayo.



Ilustración 10. Exhibición del cadáver de un cristero.



Ilustración 11. El sacerdote Agustín Pro Juárez rezando momentos antes de ser fusilado.

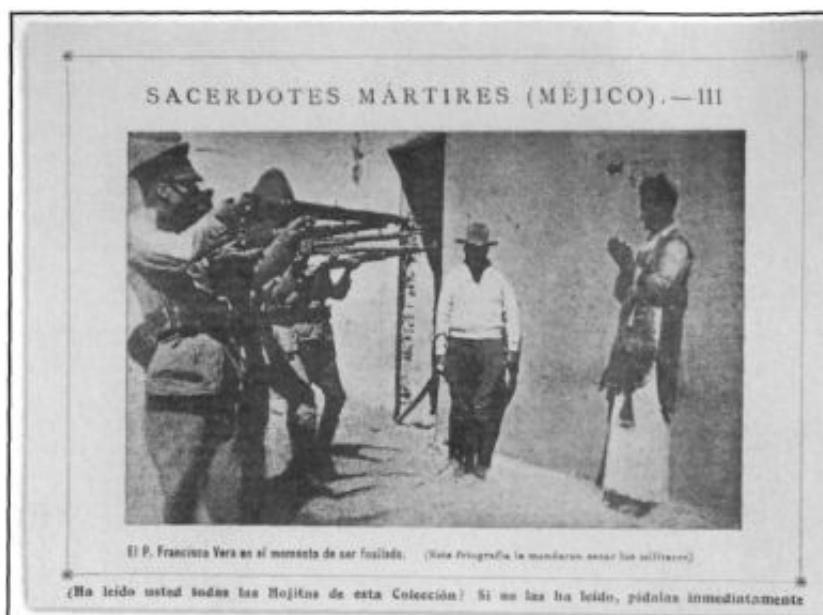


Ilustración 12. Diversas estampas de propaganda cristera en donde se plasma la terrible represión sobre los sacerdotes católicos mexicanos por el ejército federal.



Ilustración 13. Léon Degrelle camino hacia México.



Ilustración 14. Léon Degrelle en el barco, Rio Panuco, que le conduciría a México.



Ilustración 15. Léon Degrelle, periodista, en Estados Unidos.

OCTOBRE 1932. N° 1

Supplément à *Soirées*, n° 52 du 30 Septembre 1932.

LE NUMÉRO : 0,50

Pour que les Catholiques lisent

ÉDITIONS REX

LOUVAIN

LÉON DEGRELLE

DIRECTEUR

Pour fêter le million

Aujourd'hui, les catholiques qui s'occupent des Lettres et de l'apostolat par la plume vont fêter l'exploit réalisé en dix huit mois par les Editions Rex, fondées pour être un bastion avancé de l'Action Catholique chez nous. En dix-huit mois elles ont vendu un million d'ouvrages : brochures de combat, livres de spiritualité, de littérature, d'histoire et de fantaisie. Parties en guerre avec un capital modeste et un champ d'action restreint, elles sont aujourd'hui une puissance qu'on respecte ou, à défaut de cela, qu'on craint. A la moindre attaque, elles sont en première ligne, avec des épées qui, sans faire de manières, entrent dans les reins et clouent au sol. Aguerri, connaissant maintenant l'art de se battre et de battre, Rex ne se contentera pas, pour fêter son million, de mettre une plume à son chapeau et de défoncer des tambours. Notre génération se moque des triomphes ronfants. Pour marquer sa victoire, Rex a pris les décisions suivantes :

1. FONDATION DU JOURNAL LITTÉRAIRE que voici. Ce journal mensuel, de seize pages, mettra les catholiques au courant de ce qui paraît pour eux en librairie et particulièrement de ce qu'on publie chez nous. Il sera un guide d'autant plus pratique qu'il sera à peu près gratuit, l'abonnement annuel étant de cinq francs.
2. LANCEMENT IMMÉDIAT D'UNE GRANDE COLLECTON DE ROMANS d'amour, d'humour, de guerre, d'aventures, A LA PORTEE DE LA MASSE. Et sous une forme tout à fait nouvelle : par abonnement. Toutes les six semaines on recevra un ouvrage complet et à des prix imbattables : 4 FR. 50 le volume, en une édition superbe qu'on payerait dans le commerce dix-huit ou vingt-deux francs. On trouvera plus loin tous les détails à ce sujet.
3. ORGANISATION DU TRAVAIL PAR DISTRICT, avec des chefs responsables et munis d'un matériel moderne. Les Editions Rex viennent de prendre à leur service exclusif QUATORZE CHEFS DE PROPAGANDE, auxquels elles ont payé DEUX AUTOS ET ONZE PUISSANTES MOTOS qui leur permettront de parcourir rapidement tout le pays pour organiser de vastes lancements et de grandes campagnes.

Voici donc, enfin, les catholiques dotés d'une organisation à la page, avec un outillage moderne, un idéal, et une énergie indomptable.

Chaque jour, nous nous emploierons à renforcer et à multiplier ces armes.

LÉON DEGRELLE.

REX a bien mérité

par MONSIEUR PICARD,
Aumônier général de l'A. C. J. B.

La corporation des écrivains et le peuple des lecteurs sont les obligés des maisons d'édition. Un écrivain n'est pas son éditeur et son libraire pas plus qu'il n'est son imprimeur. A moins qu'il ne renonce à attendre tout son public. Car la valeur du livre n'y suffit pas, même reconnue et proclamée par la critique. Le rôle de l'éditeur et du libraire est indispensable. Et il y faut une technique, un outillage, des capitaux dont ne disposent point ceux qui ne sont pas du métier.

L'éditeur ne vend pas n'importe quoi à n'importe qui. Il est l'intermédiaire entre l'écrivain et son public, entre l'âme de l'écrivain et l'âme du public. L'éditeur sans âme, sans conviction, n'est qu'un charlatan et un entrepreneur de colportage.

L'intermédiaire entre les écrivains catholiques et leur public, c'est donc l'éditeur catholique.

La profession d'éditeur n'est pas encombrée par les catholiques. Il faut même proclamer bien haut qu'ils sont loin d'y occuper la place que méritent les écrivains catholiques, la valeur de leurs livres, la doctrine qu'ils exposent et la cause qu'ils servent.

C'est pourquoi il faut nous réjouir du succès grandissant des Editions REX. Depuis leur constitution en société coopérative, c'est-à-dire depuis un peu plus d'un an, elles ont répandu un million d'exemplaires d'excellente littérature. Leur directeur est exactement le contraire de ces éditeurs à tout faire que nous venons de disqualifier. Ecrivain lui-même, il entend servir comme éditeur la même cause qu'il met en

main le stylo. Lorsqu'une question se pose qu'il importe au catholicisme de résoudre publiquement, les Editions Rex n'attendent pas qu'un écrivain catholique ait la bonne inspiration de composer la brochure ou le livre nécessaire. Elles sollicitent et stimulent les plus compétents. Elles leur font des propositions engageantes. Elles sont vraiment collaboratrices des maîtres catholiques de l'opinion.

Parcourez les catalogues des Editions Rex et vous verrez que ce million d'exemplaires qu'elles ont lancé depuis une année est une armée de messagers et de chevaliers d'une grande cause. Rex a bien mérité de l'Eglise, du pays, de l'Action Catholique.

Une grande lutte d'idées se livre aujourd'hui dans notre pays comme dans tous les pays du monde. La civilisation chrétienne est aux prises avec une conception matérialiste de la vie. Les livres bolcheviques trouvent des éditeurs puissants et zélés. André Gide vient d'écrire qu'il faisait des vœux pour le succès du Communisme soviétique et qu'il voudrait pouvoir collaborer à son triomphe. « Je voudrais vivre assez, dit-il textuellement, pour voir ce que peut donner un Etat sans religion, une société sans cloisons. La religion et la famille sont les deux pires ennemis du progrès. » Et les pires ennemis de la civilisation chrétienne, ce sont les écrivains au cerveau pourri tels qu'André Gide, eux-mêmes et leurs éditeurs. Tandis que parmi les défenseurs de cette civilisation qui abrite nos biens les plus précieux, il faut mettre au premier rang les écrivains et les éditeurs catholiques.

Nous ne vous demandons pas des félicitations attendries, ni des petits compliments flatteurs. La seule chose qui nous intéresse, c'est la bataille. Pour lutter, il nous faut des armes. Des armes, ça se paye. Abonnez-vous à Rex : cinq francs pour une année. C. G. P. 15.21.61 Rex Louvain.

Ilustración 16. Portada del n° 1 de la publicación «REX», de la que era director Léon Degrelle.

NOVEMBRE 1932. N° 2

Supplément à Soirées, n° 56, du 28 octobre 1932

LE NUMÉRO : 0,50

REX

Pour que les Catholiques lisent

LÉON DEGRELLE
DIRECTEUR

JOURNAL BI-MENSUEL
ÉDITIONS REX

La Belgique vivante

Article inédit d'André Tardieu

M. André Tardieu, l'ancien Premier Ministre Français, dont on connaît l'alerte maîtrise, a bien voulu présenter au public de REX le livre que son compatriote, le grand écrivain Georges Suarez vient de consacrer à notre pays sous le titre La Belgique vivante (1).

L'instinct de tout Français est qu'il n'a besoin de livres ni sur la France, ni sur la Belgique. Il croit connaître son pays et le proche voisin est si près de son cœur qu'il lui applique la même illusion. L'erreur est grande dans les deux cas et le livre de M. Georges Suarez est, pour le second, un précieux remède.

En une douzaine de chapitres, qui s'articulent sans effort, voici la Belgique vivante : Sa vie matérielle, avec l'agriculture, les mines, l'industrie, les colonies ; sa vie politique et sociale, avec les figures et les débats qui la dominent, le roi, le problème des langues, l'action des partis ; sa vie intellectuelle et artistique avec la littérature, les universités, le Palais des Beaux-Arts de Bruxelles. Ce sont autant de tableaux sobres, drus, sincères, toujours divertissants et souvent instructifs.

Plus on entre dans l'intimité belge, plus on admire l'histoire de ce petit peuple. Il a enfanté dans la douleur et

grandi dans la division. Opposition des races, des tempéraments, des goûts, des idées, des sols et des langues, tel est le fond, d'où est né un génie propre, fortement caractérisé, — si fortement que le Belge flamand est aussi différent du Flamand hollandais ou français que l'est du Français le Belge wallon.

Atteinte, comme le reste de



l'Europe, par ce mal d'outre-mer qui s'appelle la crise économique, la Belgique y fait face avec courage et ingéniosité. Pour honorer sa signature, elle accepta une guerre inégale et quinze cents jours d'occupation étrangère. Pour sauvegarder sa production et ses échanges elle s'engage, sans hésiter, sur le chemin des sacrifices budgétaires. Les grandes luttes tradition-

nelles demeurent ouvertes. Mais, face au devoir, on ne bronche pas.

M. Georges Suarez, à qui la littérature politique doit tant d'œuvres brillantes et durables, s'est interdit dans ce volume les jeux, où il excelle, de la polémique. Il a voulu comprendre et expliquer. Il me semble qu'il y a réussi sans réserves et je m'assure que tel sera l'avis des lecteurs.

Les journalistes de notre temps sont exposés, par souci de l'inédit, à s'emprisonner dans le fait qui passe et à négliger ce qui dure. L'interview et le communiqué ont porté à la presse grand préjudice.

Monsieur, répondait Clemenceau à un interviewer, « quand j'étais journaliste, je faisais mes articles moi-même et vous me demandez de faire le vôtre. J'ai bien l'honneur de vous saluer ».

Que l'auteur soit ici remercié de ne céder à ses contemporains la parole que dans la mesure discrète où il convient et de se donner, à chaque page, la peine de voir et de réfléchir. Son livre emprunte à cette méthode une plaisante originalité. On y sent un goût de conclure, qui est le vestibule de l'action. Le journaliste, qui le possède, est voué d'ordinaire à la vie parlementaire. S'il en est ainsi de M. Georges Suarez, nos assemblées devront à la presse une recrue de choix.

ANDRÉ TARDIEU.

Nouvelles du front

● Le premier numéro de REX a eu trois éditions successives, totalisant plus de 40.000 exemplaires. Malgré cela des centaines de personnes n'ont pas pu trouver notre journal. Un petit conseil d'ami : qu'elles s'abonnent.

● Nos services de propagande avaient, le mois dernier, onze motos et deux autos. Les deux autos ont fait des jeunes : aujourd'hui nous en avons huit. Famille nombreuse, quoi !

● Contrairement à ce qui a été annoncé un peu partout, le Directeur des Editions REX n'a pas fait un héritage de quelques millions. Ça viendra peut-être. Mais nous n'avons pas encore trouvé la cielle dame qui nous gausset bien garni.

● Evidemment, nous sommes des gaillards encombrants ! C'est pour cela que nous déchargerons nos humeurs peccantes non seulement en Belgique, mais à l'étranger : nous venons d'installer les Editions REX dans le Nord de la France (où nous aurons 4 chefs de propagande) avec Lille comme centre ; en Hollande (4 chefs de propagande) avec Amsterdam comme centre ; dans le Grand-Duché (3 chefs de propagande) avec Luxembourg comme centre.

● Tu te vanteras, mon bon !

Pas question, Marius. L'an dernier nous avions sept permanents à REX. Nous en avons maintenant une quarantaine. Au fond la crise, c'est de la blague. Les politiciens ont inventé cela parce qu'ils ne savent comment expliquer leurs déficits !

● Il nous faudrait au moins 2 propagandistes des Editions REX dans chaque localité : des jeunes gens — ou des jeunes filles — débrouillards, tenaces, n'ayant pas une mine déconfite en point d'exclamation. REX est quelque chose de vibrant et de joyeux. Nos amis et nos amies doivent porter en eux notre idéal, notre jeunesse exubérante et notre passion apostolique. Le jour où nos cadres seront ainsi au point partout, nous pourrons, en huit jours, retourner le pays quand on mettra en péril les droits ou les œuvres des catholiques. A nous les jeunes ! Notre maison est leur maison.

REX.

(1) Editions REX. 10 francs. En vente dans toutes les librairies à partir du 10 novembre.

La Persécution Mexicaine

A ce moment où la persécution mexicaine reprend sous des formes moins brutales, plus sournoises, mais aussi haineuses que jadis, il n'est pas vain de nous rappeler les atrocités sans nom et les quinze mille martyrs qui en jalonnèrent les débuts.

La mort d'un saint n'est pas un « fait divers » qu'un journal rapporte aujourd'hui pour la curiosité de ses lecteurs et qu'on peut oublier le lendemain. C'est de l'histoire, de l'histoire religieuse, de l'histoire éternelle, que les Chrétiens doivent relire sans cesse, où ils doivent chercher leurs modèles et puiser leur force.

A Jusqu'au Sang et à Sous l'ombre d'Obrégón, ces deux évangiles de la tragédie mexicaine, qui devraient se trouver dans toutes les familles chrétiennes, nous empruntons les quelques traits ci-après :

« Le 30 janvier 1928, le monument national au Christ-Roi vole en éclat. C'est un symbole.

LE SANG DES PRÊTRES.

Le 14 août 1926 Don Batis, Curé à Chalchihuites, dont le seul crime est un apostolat doux et charitable dans sa paroisse est arrêté. Le lendemain, fête de la Vierge, il tombe criblé de balles, en même temps que trois de ses ouailles.

En mars de la même année, un curé du territoire de Nayarit est fusillé dans sa église, alors qu'il consomme l'Hostie. Neuf paroissiens qui se sont soulevés sont pendus à un arbre de Falisquillo.

L'abbé Correa Mateo, âgé de 62 ans, est rencontré, la nuit, par des soldats alors qu'il porte les Saintes Espèces à un mourant. On le roue de coups, parce qu'il refuse de livrer son Dieu ; on l'incarcère ; on lui fait confesser des prisonniers ; puis on l'exécute parce qu'il ne veut pas révéler ce qu'ils lui ont confié.

Après avoir torturé pendant 3 jours et 3 nuits, le P. Sabas Reyes, vicaire de Tototlan, sur la place même de son village, la soldatesque imbibe ses pieds de gazoline, y met le feu, puis le traîne au cimetière où il meurt.

Abbé José Sanchez : pendu à Palmitas.

Abbé Robles : pendu près de la montagne de Quila.

Abbé Sedano : « J'ai l'honneur de vous communiquer que je viens d'arrêter le curé Sedano et que je l'ai passé par les armes avec cinq autres fanatiques. Les cadavres sont exposés à la gare de Ciudad Guzman.

Pour information, respectueusement,
Le général de Division,
Chef des opérations militaires,
J.-M. Ferreira. »

Abbé Vera : fusillé revêtu des ornements liturgiques, après l'avoir appréhendé pendant le Saint Sacrifice.

Don Magallanes et don Caloca assassinés en 1927 (meurtre confirmé par lettre pastorale de Mgr l'archevêque de Gua Valajara).

Le F. Junipero (70 ans) devant le tribunal du général Fox.

« Combien avez-vous dit de messes ?
« — Monsieur, j'en ai dit autant
« que j'ai pu. »
Tué comme un chien, puis jeté dans un fossé.

LE SANG DES LAIQUES.

Joachim Silva, Manuel Melgarejo, Alondo Acuna Rodríguez, José García Farfan, Florentino Alvarez, Manuel Campos morts pour le Christ-Roi...

Joaquín Silva y Carrasco, l'une des plus belles figures des victimes mexicaines. Sa vie, avant la persécution est celle de tant de nos fervents propagandistes ; le danger fait de lui un héros ; la mort, un martyr. Avant de le fusiller on veut lui enlever son chapelet : « Jamais, tant que je « serai en vie ! »

A un passant qui lui demande s'il va à l'échafaud : « Non, au Calvaire ».

En 1928 ce fut le couronnement. Après les membres on frappa la tête : le monument national au Christ-Roi vola en éclat. Mais si les cadavres se corrompent, si les symboles s'écroulent, sur la grande leçon qui s'en dégage, les persécuteurs n'auront jamais de prise.

Et cette flamme qui a embrasé le Mexique ne peut pas s'éteindre, pas même en Belgique. Notre devoir est de la raviver, pour qu'elle nous happe à notre tour, pour qu'elle dévore le monde.

AMAND GÉRARDIN.

que se hace una crónica de la situación de los católicos en México.

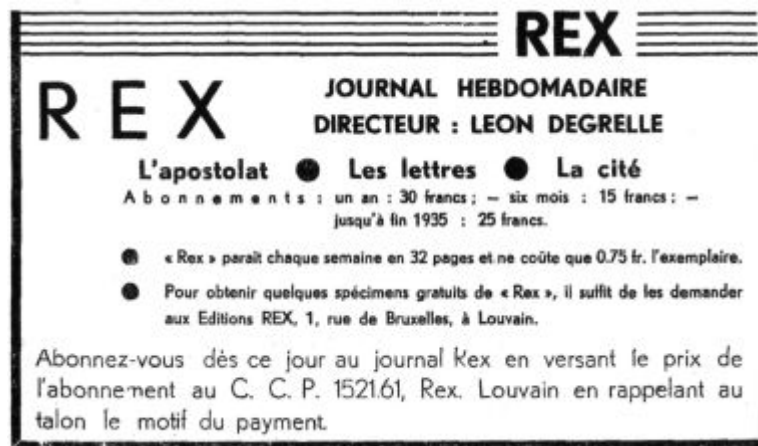


Ilustración 19. Publicidad de la publicación «REX».

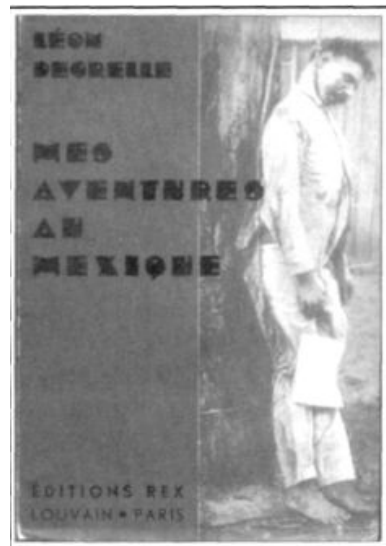


Ilustración 20. Reproducción de la portada original del libro de Léon Degrelle «Mes aventures au Mexique».



Ilustración 21. Léon Degrelle fotografiado despidiéndose de su madre.



Ilustración 22. Léon Degrelle, señalado en la fotografía, en 1918 en su colegio.



Ilustración 23. Léon Degrelle durante un acto político.



Ilustración 24. Local de las Ediciones Rex en Louvain.

La Habana

Hacía casi tres semanas que habíamos zarpado de Hamburgo, dejando atrás sus brumas, su «choucroute» y los faros cegadores que iluminaban los momentos de la partida.

Los atardeceres nos emocionaban cada vez más, hasta hacernos gritar de admiración, o soñar durante horas, cuando se entremezclaban, antes de morir, los armoniosos vaivenes de las brumas, cárdenos, rosados, azules, verdes pálidos, difuminados a través de las puestas de sol... Nos poníamos en la proa del barco, como ensimismados, con los puños en el mentón, saboreando este derroche de color, para después, bruscamente, sentir la noche mezclar su fiebre con las voces graves de los marineros cantando a coro bajo las estrellas...

Nos aproximábamos a América. Todavía se bailaba, pero con las miradas lánguidas de quienes no querían en absoluto divisar los puertos donde pronto iba a desembarcar la aventura.

Una mañana, Mossieu Jacobi, con su aparato fotográfico en bandolera, se situó en la parte más alta que pudo, con la nariz sobre las piernas... De pronto, una línea de espuma festoneó el horizonte... Una hora más tarde, se distinguían suaves acantilados, rocas mordidas por las blancas olas...; las islas Bahamas, donde antaño arribó Cristóbal Colón... América... América... No me equivoco. Está allí. Voy a llegar..., voy a caminar sobre su tierra. Ya respiro su aire a plenos pulmones. Estoy loco de alegría. ¡América...!

El barco no avanza demasiado rápido. Todavía un atardecer más. Abandono la bodega del barco. Me voy al claro de luna, a bañarme en pijama. Todo me arrebató: esta agua que me abraza el cuerpo, las luces fugaces del cielo, los marineros que duermen atravesando el puente... Hay un silencio plateado donde se escuchan voces con sordina. ¿Dormir? Sería grotesco. Heme aquí sobre el puente, en traje de golf, con el corazón tenso como un arco. Son las cinco de la madrugada. Una larga fila de pequeñas luces sobre la costa. El horizonte nos atrae como un amante. El viejo fuerte español de La Habana se esboza en el alba que dora los bloques de piedra. Después todo se ilumina. Las palmeras se abanicen... El día se jalona a grandes golpes de luz en la rada... Pequeñas embarcaciones desfilan en línea recta con dos hileras de negros semidesnudos ¡pero con sombreros de paja!

Una flotilla nos circunda. Salto a una barca donde un gran diablo reluciente gesticula. Y heme aquí sobre el suelo de Cuba.

Uno se creería estar en Sevilla. Amplios soportales flanquean las aceras; los almacenes son grandes espacios. Se puede sentar uno en plena calle en sillones de arzobispo para ser afeitado por mulatos o por grandes señores ibéricos, los predilectos, que tienen aptitudes indiscutibles para despellejar conejos. A medio rasurar, me escapo de estos segadores y recorro la ciudad. Hay negros por todos lados, mestizos, o blancos en mangas de camisa. Este popurrí es divertido y horrible: las negras son infames, con caras coloradotas demacradas y, en todos los sentidos, obesidades fofas bajo unas telas de cuatricromía. Pero la ciudad es encantadora, con sus altas palmeras, sus rosales, sus bancos de mármol a lo largo del paseo... Sobre la plaza mayor grandes altavoces acarician los oídos... ¿Por qué? Es fascinante: esto es para entenderlo... ¡los parlamentarios cubanos discuten en el Capitolio...! Para no sentir demasiado calor han instalado altavoces en la calle, aunque los debates se siguen con los pies descalzos, cerca de un surtidor, a la sombra de las palmeras...

Abandono la Catedral vieja. Pero heme aquí, corriendo a ochenta por hora, a lo largo del malecón admirablemente pavimentado, bordeando, durante varios kilómetros, los mares dorados y verdes. Llegamos al campo, las palmeras gigantes, las bananeras, las flores enormes. Cada cincuenta metros, un delicioso palacete morisco despunta entre los rosales. En el paraíso, yo pediría a Dios Padre que me permitiera elegir mi residencia en estos parajes.

He regresado al puerto justo a tiempo para la hora de partir. Llevaba los brazos llenos de gavillas de flores resplandecientes y de dorados pomelos... Esta luz, estos colores inauditos, me habían embriagado... El barco recorre a lo largo la isla... Pueden divisarse montañas, fuego en los bosques, grandes roquedos... Llegó la noche número veinte..., dulce y triste... No hubiera, jamás, abandonado las Antillas...

En las barbas de la policía

Dos noches más y llegamos a México. Se acabó el tiempo de soñar, de broncearse al sol o de bailar al claro de luna. Sin cansarse, el barco surca el golfo del Caribe. Las horas pasan, una tras otra. Enfrente, ello será mañana, divisaremos la costa mexicana, con sus cocoteros y sus pelotones de soldados, el país en el que doce mil de los míos han caído, mártires o héroes, por la causa de Cristo, para la cual yo vivo. Es a ellos a los que me dirijo, sabiendo muy bien lo que en ello arriesgo.

En el fondo, me siento mejor y más cómodo pensando en esto que en bailar tangos. Iba a mitigarme. Pongámonos derechos. Ahora, la verdadera vida va a comenzar.

Llegaremos de noche. Será preciso arriesgar todo, sin que haya un instante para las vacilaciones. Mi documentación es falsa, llena de contradicciones y de inverosimilitudes. No tengo, en absoluto, la suma de dinero exigida para obtener el derecho de descender del buque a tierra. Y no conozco ni a un gato en este país.

- ¿Cómo?

- Es así. No conocía a nadie. Se me mostró, sencillamente, en Europa una carta postal, procedente de México, en la que se había escrito: «¿Cuándo será que L.D. venga?» L.D. era yo. Hice mi maleta. Y mañana trataré de desembarcar.

Desde el barco había enviado al remitente de la carta un cablegrama: «El amigo belga... va a llegar». Nada más. ¿Habrá comprendido? Sólo me queda esperar y espabilarme.

No nos pongamos nerviosos. No sé exactamente cómo voy a llevar a cabo mi esfuerzo. Veremos en el último minuto.

Esperando, con la mano en el bolsillo, rezo el rosario.

El barco ha atracado enfrente de Veracruz antes del alba. Algunos tambores resonaban lúgubrememente. ¿Qué pasó entonces? No puedo dar explicaciones para no comprometer a quienes me han ayudado y que han sido «vistos». Como fuese, de madrugada, ante las mismas barbas de la policía, alcancé la costa, con unos sellos auténticos sobre mi documentación falsa. Me escabullí entre los miles de viajeros que desembarcaron en aquel mismo día procedentes de cuatro embarcaciones.

Pero me era necesario llegar a México y con la ayuda de mis últimos dólares encontrar allí a los dirigentes católicos. Perfecto: tomaré el primer tren, mañana, al amanecer. Me instalo en el hotel más modesto del puerto. Se me pregunta el nombre. Pienso en la palabra:» Audacia, más audacia y siempre audacia». Escribo en el libro de registro: Dantón.

Tarareo a través de la ciudad. Horribles pajarracos, parecidos a cuervos mirados con lupa, están encaramados en las ruinas de los edificios incendiados por la Revolución, o en los montones de basuras abandonadas sobre las aceras. Era muy pintoresco. Los indios, vestidos con sus «ponchos» multicolores, tienen el aspecto de faraones de fin de semana; las indias trotan en la polvareda, cargadas como pequeñas mulillas.

En la Iglesia hoy es día festivo. Un pueblo abigarrado se amontona bajo las guirnaldas: obreros vestidos con monos, con los brazos en cruz; chiquillos ataviados con trajes regionales, con frutos, flores o vasijas colocados a sus espaldas; mujeres de inmensos ojos tapados bajo los encajes. Los chavales se golpean el pecho, con duros golpes, como si fueran grandes pecadores. La música de los órganos se mezcla con el estrépito de los tambores y de las trompetas, mientras que, bajo el porche, una pobre mendiga amamanta a su pequeño, que mueve sus ojos de azabache, brillantes y dulces.

He comido arroz con tomate y «tortillas» (una especie de galletas de maíz). Me pongo en camino. De repente, un joven me agarra por el hombro. ¿Un policía? Un segundo más y le hubiera dado un puñetazo. Pero acaba de mostrarme el revés de la solapa de su chaqueta, en la que lleva prendida, a escondidas, la insignia de la juventud católica mexicana y me dice en voz baja: «¿Es usted Léon Degrelle?»

En México, los dirigentes católicos habían comprendido el cablegrama que les había cursado: «Amigo belga». Una pequeña fotografía, sobre un prospecto de mi libro «Les Taudis», era toda su

documentación. Habían enviado a Veracruz a este guía, quien, entre mil viajeros, ¡me había reconocido en plena calle!

Todo estaba preparado allá abajo para mi recibimiento y mi protección, lo que me permitiría llevar hasta el fondo mi investigación. ¡Había ganado la primera partida!



Llegada a México

Tan sólo me restaba, pues, llegar a México. Un pequeño tren, todo lo que hay de más vecinal, iba a remontarnos hacia la meseta, en quince horas de camino, a dos mil quinientos metros de altitud.

Es toda una expedición. En tiempo normal, un ómnibus «pullman» a buen ritmo nos hubiera llevado hacia las elevadas cumbres, donde hubiéramos degustado tostadas, albaricoques y pinas, contemplando el paisaje desde el centro de nuestros círculos. Como el camino tenía grava, tuvimos que contentarnos con esa pequeña línea inaugurada en tiempos de los aztecas, o casi.

El carricoche se lanza a atravesar los espacios una vez cada veinticuatro horas, en medio de un gran alborozo del pueblo. A las cinco de la mañana, llego, tras esfuerzos inauditos, a colocarme en un pequeño rincón, sobre un pupitre de conserje. Durante una hora y media, los viajeros van llegando en tropel y podrán, sobre el andén, mirarnos con sus ojos redondos, cogidos a sus maletas, esperando en vano una multiplicación de vehículos ¡como antaño se produjo la multiplicación de los panes! Desgraciadamente para ellos, el milagro no se produjo; se comienza, cuando el día amanece, en un gran estruendo, bajo la guardia de soldados, posados, fusil en puño, sobre el primer vehículo del tren carreta.

Uno se encuentra inmediatamente en familia en medio de los indios andrajosos bajo un sombrero de mosquetero, indias con enaguas naranjas o verdes, cabellos negro-azulado flameando en la faz del vecino. Tengo un inmenso placer y hago camaradería con todo el vehículo a fuerza de contorsiones. Me invitan a comer «tortillas». Muchacho educado, acepto. Después de la segunda tengo la boca abrasada por la guindilla y comienzo a lanzar gritos de fieras de caza mayor, como si, en ayunas, ¡hubiera tragado diez mil hormigas! Para amainar los picores, engullí naranjas, mandarinas, pomelos, cocos, todas las frutas que había en la cesta, jurando por los grandes dioses ¡que no tomaría más aquellas monstruosidades!

El paisaje me consuela. Marchamos por la región tropical, no lejos de la costa, en medio de palmerales, de cañas de azúcar, de naranjales con frutos resplandecientes, y de vastas extensiones de terreno absolutamente salvajes, donde se entrecruzan las más alocadas vegetaciones. De cuando en cuando se ven chozas: el tren se detiene para que el maquinista pueda saludar a su primo campesino y a la hermana de leche de la cuñada de su peluquero. Durante este tiempo, los indígenas se lanzan, con cestos, a recoger frutas de todo tipo, y rosas soberbias y sin perfume, que se encuentran alineadas en los troncos huecos de las bananeras. Toda la población salta y chilla, en medio de chiquillos de color chocolate y de puercos increíbles, mitad rosados y negros, o completamente grises, o todo marrones: como los mejicanos ¡tienen su mestizaje!

Dejamos el ganado y la gente y comenzamos el asalto a las montañas. Es necesario dar vueltas y revueltas sin fin, tras las cuales se descubren súbitamente paisajes inmensos, con quebradas verdes, o verde oscuro, bajo una luz danzante inaudita en su nitidez y su vibración.

Después están los valles de arena, que provocan errores de visión verdaderamente curiosos. Se cree ver nieve por todos lados, tanto que, transcurridas dos horas, contornamos los formidables glaciares, que tienen en el extremo de los brazos volcanes nevados con fabulosas formas: uno de ellos levanta verdaderamente en pleno cielo a un gigante acostado. Baudelaire hubiera adorado esta diosa de nieve, el pecho completamente en las nubes, la cabeza tirada hacia atrás, como si la mano del mundo retuviese su helada cabellera.

A los bordes de la línea, se podía ver a veces una «hacienda» protegida por muros cuadrados, rodeada completamente de cañas de azúcar y de «maguey», una especie de alcachofa de dos metros de altura que produce el «pulque» ¡su «pequet» nacional!

Después de cuatro horas, pasamos ahora por las regiones áridas, cuarteadas por numerosas riberas secas, encajadas entre acantilados.

A continuación, el atardecer multicolor con su locura de verdes y anaranjados descendiendo de los glaciares... Habíamos ido a dar a la meseta. Bellos estanques verde pálido dormían bajo la clara luna... En la distancia, las luces de Méjico...

Algunos «Cristeros» (soldados de Cristo) mezclados entre la multitud esperaban mi llegada. Se me instala, bajo una buena protección, en un automóvil que me conduce hacia el refugio donde me iba a albergar durante las primeras semanas de mi locura.



La Navidad con los mexicanos

Estaba instalado en un pueblo sin pisos, completamente cubierto de rosas, con chorros de agua que brotaba en pilones de azulejos multicolores... Los sirvientes eran indios de toda confianza, curtidos como caucho y vestidos de paño grueso azul oscuro. El domingo, un sacerdote venía a officiar la misa en el garaje. Se sentaba en una silla en el jardín y confesaba en fila india, arrodillados sobre la hierba. Después se colocaba junto a un camión y, rodeado de pobres gentes con andrajos y de mujeres vestidas de negro, consagraba la sagrada forma. Era emocionante hasta el llanto. Se comulgaba entre dos bidones de alquitrán. A la salida, el padre, vestido con indumentaria civil, nos extendía su carga del porta pluma, en la que la tinta había sido reemplazada por agua bendita.

Pero si yo me hubiera quedado aquí, contemplando las rosas, comiendo «dulces» y cacahuetes, jugando con la retahila de los niños de Conchita y de Guadalupe que vivían en la casa, mi investigación no habría avanzado en absoluto. Era preciso salir, estudiar de cerca al pueblo mexicano, mezclarme en su vida, penetrar en todos los ambientes, sobre todo, en los medios oficiales. Por la mañana, salía de caza, flanqueado por mis escoltas personales, y no regresaba hasta la noche, no sin antes pasar a toda marcha delante de la villa, para comprobar si la policía estaba a mi espera para prenderme ¡con mi sopa de arroz! ¡Santa policía! Jamás me quitaba mi chaqueta por las noches sin imaginar la sorpresa que supondría ser despertado de repente por soldados corriendo por la vidriera, como hicieron con un buen número de católicos. Esto no me impedía roncar como una locomotora «vecinal» o como un senador en la sesión de tarde. Yo les hubiera recibido en pijama y con gran sentido del humor. Casi lamento el no haber sido metido en chirona: hubiera sido estupendo caer allí, con veinte balas acribillando el cuerpo, gritando, como los doce mil mártires: «¡Viva Cristo Rey!»

Pero es preciso creer que el buen Dios no quería un atrevido como yo, tan ruidoso y tan jactancioso ¡Por demás que no era necesario!

Verdaderamente, no he tenido.... suerte: el último día de diciembre de 1929, junto al Océano Pacífico, a algunos kilómetros de Guadalajara, hice una parada sin peligro en casa de algunas tribus indias, que contaban con seis católicos muertos, que se habían cargado sin piedad en una emboscada revolucionaria y que seguían caídos a un cuarto de hora de allí. Estuve en un cementerio ardiente, bajo los Trópicos...Vamos, esto será para otra ocasión y... en otro lugar.

Desde mi llegada, me había creado toda una flota de relaciones. En el mundo católico en primer lugar. Para todo el mundo yo era el Doctor..., digamos, Machín, y discutía sobre el cáncer con tanta competencia que, como allí nadie sabía quien era, por eso yo podía entonces inventar las teorías más extravagantes, situando su origen ¡en el gusano solitario o en los callos de los pies!

Pude asistir a fiestas extremadamente pintorescas de la Navidad, como las de las «posadas».

Se celebran durante los nueve días que preceden a la Navidad. Se reúnen por la tarde en el «patio» y se recita una serie de plegarias sencillas, solicitando al dueño de la casa el permiso de entrada para San José y la Santísima Virgen... Accedida, se celebra, a través de todas las plazas, una procesión donde la devoción se une a la curiosidad. Se recitan letanías devorando con los ojos (menos las señoras) ¡el material suntuario o utilitario de los invasores! Una vez que la vuelta termina, el vino del país se bebe a tragos y se engullen las especias, luego se baja al «patio», donde se encuentra colgada la piñata. Esta es una especie de gran mascota, cuyo vientre en tierra cocida guarda las baratijas más inverosímiles, que abarcan ¡desde mecheros y carteras, a caricaturas de agentes de policía!

El objetivo es tratar de romperla. Esto no es un asunto fácil, pues la piñata está colgada a unas cuerdas que permiten al pote con los tesoros balancearse en todas direcciones y además debe llevarse a cabo con los ojos vendados. Aunque en realidad es, en la ceguera y a través del vacío, un gran combate a bastonazos. Se termina cuando se hace partir en mil pedazos la tierra cocida. Entonces se produce la avalancha de los chiquillos, de las mujeres hinchadas, de las muchachas vocingleras. Tras nueve días de un deporte semejante, todas las tierras cocidas de México están hechas añicos y todas las señoras han encontrado, gracias a estas acrobacias, ¡la

esbeltez de la primavera perdida!

Entre este guirigay y estos ejercicios festivos, iba descubriendo personas interesantes y aprovechaba para hablar con ellas. Me faltaba, sin embargo, penetrar en las casas y en la intimidad de los revolucionarios. Me iba a colar en ellas, haciendo zalemas, besamanos, cumplimientos y ¡pagando con ello la cabeza de mis víctimas!



Los verdugos y las víctimas

El gran deporte para mí consistía en introducirme en los salones donde festejaban a las mujeres y a las hijas de los jefes revolucionarios. Allí me las arreglaba para pisar el menor número posible de pies y para adular a los ceporros con cortesías maravillosas, o a la oreja de cada viejo general, ataviado como un caballo de labor apreciado, y también a la de alguna tórtola de nariz respingona murmurándole mientras la miraba fijamente: «Usted es adorable, vuestros brazos tienen la dulzura de la leche de burra, vuestra figura es flexible como una cola de leopardo (¿tiene cola el leopardo?)». Los cumplimientos, surten efecto con las mujeres. Ellas me encontraban inteligente, puesto que yo las encontraba hermosas. Y me invitaban entonces a almuerzos y recepciones, donde me eran presentados el marido o el padre. Llegué a recibir incluso de una pariente del Presidente de la República una foto dedicada que ¡haría derretirse en lágrimas a un prior o a un profesor universitario!

Se me dirá: esto no es muy elegante. Estoy de acuerdo. Pero lo tenía que hacer con esas bestias sin nombre, responsables de la matanza, en tan sólo dos años, de doce mil católicos que tenían mi Fe y cuya vida era para mí tan querida como la propia. Las mujeres y las hijas de sus verdugos tenían esta sangre manchando sus toallas y sobre sus dedos repletos de diamantes. Yo les engañé. De acuerdo. Pero era que los despreciaba. Y la mejor forma de desprecio es la de sacar partido de quienes se detesta. No tenía en realidad que andar con rodeos para aprovecharme de unos asesinos que no valían la soga con la cual, con gran alegría, yo les hubiese colgado... Era preciso contenerme, sufriendo con ello, para permanecer impassible frente a estos animales. Mirando la jeta de fiera del presidente Calles, o recorriendo las haciendas principescas de Morones, me acordaba de los millares de mártires asesinados con tormentos atroces, despellejados vivos, atados en la parte de atrás de camiones mientras eran arrastrados; rociados de gasolina, para después prenderles fuego; ahorcados en los caminos, o expuestos, acribillados de heridas, bajo las mordeduras del tórrido sol y de los mosquitos... Volvía a mi vista esta tragedia horrorosa, con esos muchachos asesinados, o esas mujeres ahorcadas, como si fueran tordos, en los árboles del Estado de Colima, o imaginando las líneas telefónicas con racimos de católicos balanceándose a diez metros de altura... Toda la epopeya de un pueblo mártir me acompañaba: treinta mil jóvenes, campesinos, obreros, estudiantes, resistiendo, con el fusil en sus manos, a los persecutores socialistas, después de haber agotado todos los medios legales de resistencia; cuatro mil muchachas aseguraban el abastecimiento de las municiones, con riesgo de sevicias abominables, seguidas de deportaciones a las «Islas Marías» al borde del Océano Pacífico. Estos eran los mártires y los héroes que yo veía cuando hablaba con los tiranos rojos de México.

Ellos estaban manchados por todos estos crímenes. Lo estaban también por sus robos, sus rapiñas, sus orgías.

En este país arruinado, en el que ya no había ni siquiera posibilidad de cobijar a seiscientos leprosos, en el que tres millones de habitantes habían huido para escapar de la hambruna, los jefes revolucionarios, que habían llegado al poder sin un solo «peso», ostentaban una riqueza escandalosa.

La hacienda del ministro Morones, en Talpam, tenía castillo, jardines, canales, teatro, cuadras repletas de caballos soberbios, sin contar las piscinas donde, durante las bacanales de los fines de semana, las mujeres reclutadas en los teatros de los suburbios realizaban sus abluciones bajo los focos convergentes de faros multicolores.

La hacienda del presidente Calles, donde fui en Navidad, situada entre la ciudad de México y Puebla, era, muy probablemente, la más bella del país. Una carretera magnífica, cuyo trazado fue estudiado por el propio Calles, la unía con la capital: fue el país, entiéndase bien, quien la financió. Todos estos gerifaltes poseían grandes fincas. Tenían joyas como viejas mujeres ligeras. Automóviles de lujo. Abultadas cuentas corrientes bancarias. Parecía que en esto consistía la revolución. En todo caso, fue así como en México los jefes rojos me la han mostrado...

Dos años les han bastado, gracias al apoyo monstruoso de los Estados Unidos, para degollar al catolicismo. No queda ni una sola escuela católica en este momento. Las órdenes religiosas han sido clausuradas. Vestir el hábito religioso está prohibido. Algunos sacerdotes «autorizados»

(en México uno por cada cincuenta mil habitantes) han sido desprovistos de todos sus derechos políticos, tratados igual que criminales, e inscritos en los registros de la policía, como si de mujeres públicas se tratara.

Es la agonía en el silencio. De cuando en cuando una noticia lacónica informa que se ha desvalijado una iglesia o matado a algunos fieles. Es todo.

Por consiguiente, ésta fue una admirable epopeya, en pleno siglo XX, la que agrupó a treinta mil jóvenes, caballeros místicos y rudos, abocados todos a privaciones, a sufrimientos, a la muerte bajo las balas.

Durante años, apretando los puños en señal de rabia contenida, habían permanecido impasibles frente a las peores vejaciones. El cierre de las escuelas, las injurias, los golpes, las bombas, no habían conseguido enervarlos ni habían podido hacerles abandonar el terreno de la ley. Fueron necesarios atentados en masa, torturas ignominiosas, así como la persecución en todo su horror sangrante para que, a la voz de los obispos, un pueblo tomase las armas y corriera a defender su Fe. Se les masacraba como a animales; para responder, no les quedaba mas solución que los fusiles.

Visité todos los campos de batalla de los «Cristeros» en compañía de estos jóvenes admirables, curtidos por el sol de fuego, endurecidos por los sufrimientos. Del Atlántico al Pacífico, a través de la maleza o de los desiertos, recorrí cuatro mil kilómetros en conmovedora peregrinación. Siguiendo las veredas de montaña, atravesando arenales sin fin, donde uno no encuentra más que árboles canijos y, de cuando en cuando, un esqueleto de caballo salvaje, he comprendido el heroísmo que a los «Cristeros» les había sido preciso para luchar durante treinta meses, sin pan, sin armas, sin ambulancias ni servicios sanitarios, sin ningún apoyo.

Vivían de lo que los campesinos les daban al paso y de lo que las cuatro mil mujeres jóvenes católicas, organizadas en ejército auxiliar, les aportaban a sus refugios.

Acampaban al raso, a la luz de la luna, con el Santísimo Sacramento expuesto en medio del vivaque. Los sacerdotes, al alba, daban la comunión a los soldados arrodillados, con el arma en la mano. Después, la cruz sobre el pecho, haciendo ondear al viento la bandera nacional ornada con el Cristo Rey, emprendían camino hacia su destino.

Todo este heroísmo no fue inútil, pues salvó el honor católico. Y las millares de pequeñas cruces que jalonaban la tierra mexicana, portando sencillamente la inscripción: «Muerto por Cristo Rey», son el testimonio más emocionante de la grandeza cristiana.

Ellos nos dicen que nuestro siglo no fue del todo tan vil, tan egoísta, tan hedonista, puesto que, entre estas bajezas, millares de mártires se inmolaron por el amor a Dios...

La floración sangrante

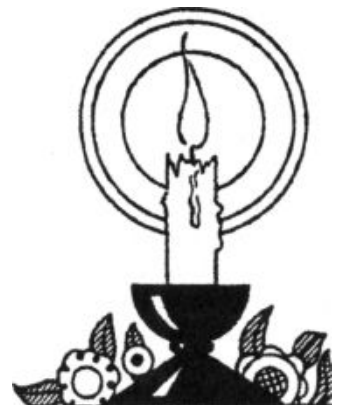
La persecución y sus millares de mártires no habían podido aplastar la fe del pueblo. Era un espectáculo admirable: de madrugada, antes de ir a su trabajo, los obreros, en camisa caqui o en «azul», con sus anchos pantalones sostenidos por correas cruzadas sobre el pecho, llenaban las iglesias, se ponían de rodillas en el suelo y permanecían con los brazos en cruz. Toda la iglesia se convertía en una extraña recolección de manos callosas y oscuras..., de manos que a veces habían amortajado a los «Cristeros» caídos por Dios, o tomado el fusil de los «libertadores».

Se salía. Un enorme sol resplandecía sobre la calzada, doraba las naranjas, los plátanos y las rosas que les tendían los mendigos..Todo era magnifico en la luz: los campanarios con cerámicas multicolores, los pueblos con sus flores, los muchachos morenos en la polvareda, los parroquianos repletos de verduras, los animales tostados al sol.

Por tanto, estas piedras doradas habían recibido las balas de los fusileros; aquí, el Padre Pro había caído después de haber rezado, de rodillas, por los verdugos llenos de cinismo; allí, León Toral había sido fusilado; me lo imagino todavía junto a este muro sagrado, o en la enorme prisión, donde pude acceder gracias a un alto funcionario de la Revolución. Vimos el reducto donde Toral, durante horas, fue torturado ferozmente, colgado de las muñecas, la celda en la que él había escrito sus últimas cartas, la estancia a la que le habían llevado de nuevo pero acribillado por el fusilamiento. Me sentía conmovido. En un extremo del pequeño jardín de legumbres, con algunos metros de ancho, vi de inmediato la tapia contra la que se había abatido a este joven héroe, padre de tres hijos, quien, por salvar a su país, fue, tras una noche de adoración, asesinado por orden del tirano que decretaba las matanzas, el Presidente Obregón. Cuando estuve delante de este muro trágico, mi sangre se abalanzó en todo mi cuerpo, no pude contenerme y tiré al suelo mi sombrero. Tenía lágrimas en los ojos. Caminamos, los oficiales y yo, hasta la puerta de la prisión sin decir una sola palabra. Allí, tomé un taxi. Jamás he llegado a comprender por qué no me arrestaron en aquel mismo instante.

Recorrí pueblos encantadores, por detrás de los glaciares, junto al Pacífico, al fondo del desierto de Chihuahua, cerca de California. Estaba deslumbrado por la luz, por las innumerables iglesias multicolores, por el espectáculo charro de los indios con indumentaria llamativa, andando sin descanso, bajo pesadas cargas, junto a otros indios solemnes e indolentes encaramados sobre mulos de patas cortas. El mercado exponía sus frutos resplandecientes, sus puestos innumerables, sus bebidas, sus maderas trabajadas, sus tapices, sus cacharros de barro cocido. Algunos escribanos redactaban en la plaza mayor cartas de amor para los analfabetos. Las campanas, en el exterior de los campanarios o bajo los árboles gigantes, lanzaban sus pesados cánticos en el cielo nítido. Hubiera sido preciso ser leve como el aire, alegre y fuerte como el sol lanzando su fuego sobre las miradas, o como los árboles, la arena rojiza y los glaciares... Hubiera sido necesario... Pero uno entraba en las chabolas y... Una jovencísima madre nos mostraba a sus hijos, cuyo padre había sido ejecutado y cuyo cadáver había desaparecido. Una anciana, completamente destrozada, de luto riguroso, llevaba algunas reliquias dolorosas: telas repletas de agujeros e impregnadas de sangre negruzca, un sombrero cenagoso que había sido pisoteado; la pobre madre tomó unas tijeras para ofrecerme algunos jirones ensangrentados de esas prendas, que era todo lo que le quedaba de sus dos hijos, asesinados por el odio contra Cristo, como a animales, en el cementerio de Guadalajara.

Triunfo de la luz, de las flores, de los enormes árboles, de las ardientes arenas y de los torrentes rápidos, de las puestas de sol verdes y anaranjadas, de los ojos de fuego en los rostros curtidos y fieros, país que Cristo colma, sobre todo, dándole, además de estos esplendores, la floración soberbia y sangrante de sus mártires.



Domingos mexicanos

Mis domingos mexicanos son los recuerdos más soleados, los más ardientes, de mi juventud. Durante la semana conversaba con los revolucionarios, con los «Cristeros», con las familias de los mártires. Hasta a horas imposibles yo estuve tomando notas, traduje documentos, controlado manifestaciones. El domingo ponía todos mis bártulos de lado y, en compañía de jóvenes mexicanos y mexicanas, marchaba a embriagarme de sol, de flores, de lagos tibios, de primavera...

Estaba a algunos kilómetros de la capital, en Xochimilco, una tierra extraña, flotando sobre el agua..., islas pobladas de árboles inmensos, que se levantaban sobre zampas.

México, en el tiempo de la llegada de los españoles, en el siglo XVI, era verdaderamente una Venecia americana: algunos canales atravesaban la ciudad, innumerables puentes salvaban estas aguas surcadas por embarcaciones de madera. Actualmente, México está desecado. Pero Xochimilco ha conservado, a dos mil quinientos metros de altitud, la poesía grandiosa de las islas...

Varias piraguas completamente adornadas de rosas y transformadas en cenadores perfumados nos esperaban. Se deslizaban hacia adelante, a la sombra de las flores, mientras que los indios, con golpes lentos y seguros, nos transportaban entre los ríos... Pasábamos de canal en canal, en medio de árboles extraños, de los que mis acompañantes me decían sus nombres fabulosos y bárbaros... Algunas piraguas, completamente alfombradas de claveles, se nos acercaban sin cesar. Después era la vuelta de los vivanderos, en una canoa minúscula, rompiendo la tortilla sobre la sartén y sirviéndonos la comida al borde del agua... A través del follaje se percibían, de repente, las chispas brillantes de las rocas glaciares quemadas por el sol... Cantábamos formando coros mexicanos al ritmo agudo de las febriles guitarras de la barca... Los colores irradiaban fuegos inolvidables.... La cara, el cuello y los brazos de las muchachas captaban unas blancuras luminosas...Volvíamos al atardecer, embriagados de perfumes, de juventud, de canastas de naranjas y de gavillas de flores en las manos... No se decía ni una sola palabra mientras admirábamos estas bellezas del crepúsculo... Después, fogosa y tierna, una voz se alzaba, y todos en el automóvil volvíamos a entonar el cántico emocionante, áspero y glorioso, exactamente en el diapasón de nuestros corazones...

La tierra había cambiado. Me encontraba junto al Océano Pacífico. Por unos caminos de tierra, habíamos llegado al lago de Chapala, que, a lo largo de sesenta kilómetros, despliega sus aguas azules y malvas entre colinas de medidas inflexiones, cuya nítida luz permite percibir los más mínimos detalles.

Los recuerdos de la persecución no faltaban: ruinas de casas por todas partes y, allá abajo, en medio del lago, la isla donde los «Cristeros» se habían parapetado.

Fuimos hacia allí a toda velocidad en una canoa con motor, afeitando las olas en una estela de espuma. Era el día uno de enero. El agua estaba dulce como en agosto en nuestras orillas europeas. Repentinamente me lancé al agua en plena carrera. Nadaba loco de alegría, anonadado por la tibieza del agua; después volví a subir a la canoa, jadeante de fatiga y de felicidad... Primero de enero... En mi tierra en esta fecha se hacen bolas de nieve o se harían gárgaras para desechar una angina-Bajo mis ojos, el lago, en pleno mediodía, se recostaba al sol, magnífico y ardiente.

Otras veces nuestros domingos eran menos pacíficos: íbamos a los «toros».

Con una sensibilidad europea, me daban horror estas matanzas de toros. No comprendía como decenas de miles de personas podían apasionarse por estas proezas. Allí fui, por primera vez, con remordimientos, flanqueado de amigos exuberantes, bulliciosos, vibrantes como tambores.

A la entrada del ruedo inmenso uno escudriñaba. Sí. Porque el delirio es tal durante el transcurso de la lidia, que los mexicanos arrojan a la arena ¡todo lo que puede elevarse en un vuelo rasante! ¡A veces se arrojaban hasta una botella o un pomelo! Por eso, antes de dejar entrar en el coso taurino, hay uno que cachea los pectorales de los aspirantes a espectadores..

El espectáculo es para nada, o casi: cerca de cien francos por asarse a pleno sol. Los mejores asientos están enfrente, a la «sombra». Está repleto de señoritas que no quieren estropear su tez, ni guiñar los ojos por la luz. Olvidándose de sus malhechores y de sus tiranos, todo México, a las tres de la tarde, está en su sitio, sentado sobre unas gradas de cemento, con los ojos protegidos por una gran visera de cartón. Estas personas se privan de comer ¡para gastar sus pesos en honor a los toreros!

Y después de haber asistido al espectáculo, lo comprendo. Evidentemente, hay caballos destripados y toros llenos de furia, con las «banderillas» colocadas en el cuello, antes de derrumbarse, sangrantes, sobre la arena. Pero hay, sobre todo, hombres que arriesgan su vida delante de los toros desencajados. Estos hombres tienen una soltura, una gracia prodigiosa. Un simple movimiento y su muleta roja derrota a la bestia, que embiste sobre ella a unos pocos centímetros de su pecho. Esto es insólito. Veinte veces se piensa que van a ser cogidos. Veinte veces, el valor y la destreza mezclados, se libran del monstruo. La pasión de las multitudes se dirige a su vida en peligro y a esta potencia del hombre, domeñando la fuerza por la precisión y su maestría. Una buena faena; al cabo de dos minutos uno está con este hombre, porque este hombre es usted, soy yo. Y se lanza un grito de triunfo cuando el toro dobla sus patas delanteras, con el corazón atravesado, completamente muerto...

Todo ello está precedido por entradas estruendosas, con grandes perifollos, con carrozas y trompetas. Los incidentes graciosos cabalgan: el toro es demasiado pequeño, el gentío le abuchea gritando «Vuelve a casa con tu madre», y la madre, bajo la forma de un rebaño de vacas con cencerros, ¡vienen a buscar a su retoño y a llevarle completamente confuso a la dehesa! Después están las fugas perdidas y graciosas, por encima de las barreras, de toda la cuadrilla de picadores, cuyo papel consiste, en principio, en excitar al animal, pero que, en realidad, es él quien sale pitando a toda velocidad ¡con los cuernos en el trasero!

Lo que resulta más grave, es el fracaso del torero. En ese momento, nadie se ríe. El espectador quiere asistir a una buena corrida. Esto es todo un arte. A veces se falla el golpe. El estoque resbala. O, mal situado, el toro, de una embestida, le manda a volar por los aires, como si fuera una cerilla. El respetable patatea, arroja todo lo que tiene a mano, periódicos, naranjas, gorras... Pero si pincha acertadamente es el momento de la victoria. Entonces estalla el delirio. Todo el mundo se pone en pie, grita, gesticula. Si el triunfo fue perfecto, sin vacilación, inmediatamente, treinta mil pañuelos reclaman para el triunfador la oreja del difunto toro... El torero la corta y con ella en la mano da una vuelta al ruedo entre un torbellino de sombreros de paja, de viseras y de «sombreros» que vuelan en todas direcciones.

He vuelto cinco veces: invariablemente los toreros gesticulan con sus capotes encarnados, desafían a la muerte, salen pitando; los picadores, montados sobre viejos pencos con los ojos vendados, reciben a golpes de vara los asaltos del cornúpeto; hasta el momento en que el matador de toros se interfiere, prodigioso, deslumbrante, imperial.

Tras dos horas de lidia, uno se precipita fuera de la plaza para colocarse alrededor de los triunfadores, vestidos aún con el traje de luces, que pasean en unas soberbias «limousines»...; mientras tanto, unos camiones transportan hacia las carnicerías los toros, ya troceados y cortados en piezas, ¡que mañana se comerán en filetes o en carne guisada en las mesas de México!



Adios, México...

Va a ser necesario cerrar mi maleta de cartón. Está decidido..., pues tengo una madre que, desde hace tres meses, vive en ascuas en su pequeño país de Europa, donde la dejé para irme a la aventura.

Tengo de bueno ser un incorregible cómico que vuelve siempre sobre sus pasos... Sabe que puedo estar metido en chirona, prisionero, retenido por los energúmenos... Ella se atormenta cien mil veces más que yo. Esté tranquila, madre, voy a lavar los cuellos de mis camisas y mis pañuelos: y voy a regresar...

Por otra parte, ya he obtenido toda la información. Los católicos me han explicado la espantosa tragedia y me han proporcionado la clave del conflicto. He visto las innumerables tumbas, a los padres de los mártires y los campos de batalla. He asistido a la agonía del catolicismo, a su aniquilamiento, a sus últimos estertores...

He vivido entre los revolucionarios, estudiado su quiebra agraria y social, visitado sus escuelas, sus cárceles, asistido a sus orgías, a sus desfiles, a la expansión de su tiranía... En una gran maleta llevo setenta y dos kilos de documentación. Yo ya puedo ahora regresar...

¿De qué forma volver? A mi llegada, mi bolsa estaba vacía. ¡Esto ahora no se levanta con corrientes de aire! Pero está escrito que, siempre, una increíble suerte me acompaña. Una tarde, en uno de los salones, trabé conocimiento con el director de una revista americana. Terminamos como viejos amigos. Le referí mis pequeñas giras. La historia le ha hecho gracia. Nos volvimos a encontrar al día siguiente. Leyó la primera parte de mi manuscrito. «¡All right!». Y me ofrece quinientos dólares, dieciocho mil francos, por la traducción de mis cuartillas. ¡Di un salto hasta la lámpara del techo! ¡Nunca me había sentido tan rico! ¡La vida es bella! Voy a dirigirme hacia los Estados Unidos...

Allí, aquella alegre aventura se volvería a repetir. Se anunció mi visita. Encontré a un alto cargo que combinó un lanzamiento en lengua española. ¡Fui millonario por segunda vez! Semejante a un Rey del Lard o de Shewing-gumm, realicé una gira principesca a través de los Estados Unidos, y subí incluso hasta Canadá. ¡Omití hacer economías!

Entre tanto, me despedía de mis amigos mexicanos... Estaba emocionado como un niño pequeño... Las últimas noches, las pasamos soñando, mirando el ocaso de los colores desgarradores, sintiendo los aromas tibios de las flores marchitas... Canciones salvajes se volvían a escuchar en algunos discos...

Último domingo: los católicos han organizado una reunión clandestina sin avisarme. Me han traído en coche y, de repente, me encuentro delante de una multitud de hombres y mujeres. Me ofrecen platos de barro cocido y de madera pintada, tapices indígenas donde están diseminados los colores rutilantes de los frutos y del cielo. Les hablo, todo mi ser arde; estos indios de pies descalzos, quienes no comprenden más que mi semblante, tienen gruesas lágrimas, como diamantes, en sus mejillas ásperas y morenas... Raza de héroes y de mártires...

La mañana de la partida... Los íntimos están en el andén, discretamente. Nos abrazamos a la usanza del país con grandes palmadas en la espalda. He vivido una inmensa tragedia, he unido mi juventud a esta grandeza sobrehumana, a esta sangre, a esta Fe... El tren arranca... Nuestras manos se estrechan, después se separan, saco mi cuerpo entero por la ventana y lanzo por última vez el grito de las doce mil víctimas, de todo su pueblo triturado por la persecución más indomable: «¡Viva Cristo Rey...!»



El desierto ole Chihuahua

Heme aquí durante varios días en un tren «pullman» que me conducirá a la frontera americana tras un recorrido de dos mil kilómetros. Me instalo. Pido al camarero una botella de cerveza de Monterrey y, ya repuesto de las emociones, contemplo el país. Me acicalo. Siento algo que me agujonea el corazón al contemplar por última vez a los indios morenuchos y a sus soberbias mujeres con sus faldas de colores anaranjados o verdes... En las paradas compro encajes, ponchos, pequeños pucheros, pomelos. Me echo a volar en las grandes distancias. ¡Soy tan dichoso! Acaricio a los chiquillos. Sonrío a las señoritas. Y siempre subo en el último momento cuando el «pullman» se pone en marcha, repleto de racimos de indígenas que recorren cincuenta metros en el estribo antes de saltar sobre el balasto a toda carrera. Marchamos a lo largo de arroyos donde algunos chiquillos traviesos chapotean, completamente desnudos, junto a sus madres afanadas en sus coladas. Bonitas iglesias redondean sus cúpulas radiantes bajo el sol tropical, entre árboles gigantescos, en donde se cuelgan a pleno aire las campanas parduscas.

A la caída de la tarde, con un cielo verde pálido, nos detenemos en Queretaro. Aquí cayó bajo las balas el Emperador Maximiliano. Una tarde de una dulzura trágica se cierne sobre la campiña. Algunos rayos rojos adornan el horizonte. Un viejo leproso recoge una monda de plátano. Una mujer, a la que doy diez centavos, mascula un Ave María... Es todo lo que queda sobre estas tierras, que se hunde en la sangre de uno de los más grandes sueños de nuestra época-La noche nos arrastra, estirados en nuestra litera. Levanto las cortinas. Miro bajo la luna los paisajes cada vez más tristes. El día se presenta enguantado de neblinas; algunos potros galopan; los cactus levantan sus palmetas espinosas al sol. El desierto se aproxima. La arena ya comienza a penetrar en los vehículos, una arena blanca y seca que hace picar los ojos, a pesar de la doble ventana. A mediodía, parada en Torreón, aldea perdida en las marcas del Sahara mejicano. Un último adiós, y adelante. No hay una sola hierba, tampoco una sola brizna. Tan sólo algunos arbustos abrasados y negruzcos jalonan las crestas blancas. Miro en la lejanía las cadenas montañosas. Después, súbitamente, la mirada cae sobre un esqueleto de caballo salvaje, despojado de sus carnes por el viento tórrido, plegado sobre las rodillas y paladín de una pieza como en un museo. Ni un alma durante kilómetros. Después, una pequeña cabaña construida con traviesas de la línea férrea, un pozo, algunos cerdos rojos o grises, una familia de indios harapientos y mugrientos... El tren para. Los soldados descienden a la arena, las mujeres abren sus bolsas... se come en familia a la lumbrera hecha con astillas. Después, como en un gran estruendo de fusiles, el tren reemprende su marcha...; unas centenas de kilómetros se eternizan... Nada. Siempre arena. No hay, como antaño, ni siquiera grupos armados bajo la bandera de Cristo o patrullas a caballo de revolucionarios protegiendo la línea férrea contra los asaltos de los libertadores... Los Cristeros cayeron en el desierto inmenso, con los brazos en cruz, cara al cielo; las ráfagas de viento los han corroído y ellos duermen, perdidos bajo la arena, esperando el despertar sagrado de las trompetas de Dios.

Estamos caminando desde hace cincuenta horas... El desierto se repliega, se deshace en montañas peladas. Al alba, con gran estupor, veo, por vez primera desde hace semanas, una columna de humo elevándose desde una choza de indios... Y sí, nos acercamos al norte y estamos en enero. ¡Había olvidado que ya estaba en un país donde suele hacer frío! Los pequeños pieles rojas están acurrucados en sus ponchos. Se acabó la bella aventura dorada. Asciendo hacia las nieves, el hielo; los chaquetones son de nutria en lugar de tejidos ligeros y multicolores. Siento en mi ser un abandono total. Sueño ante las colinas que se ensanchan... No veo nada más. El tren acaba de pararse. Junto a nosotros están siempre las mismas chabolas, sórdidas y polvorientas. Pero un agente de Aduanas ha sacudido repentinamente mi letargo. Desciendo. A algunos centenares de metros, el Río Grande horada su cañón desecado, y después, arrogante vanguardia, una línea de edificios enormes se levanta hasta el cielo: estoy frente a los Estados Unidos.

Al otro lado del puente

Me hecho bien en entrar en la Oficina de Correos mexicana antes de franquear el puente que separa a los dos países. Me han cacheado por todos lados como a un potro en la feria. ¡Ha sido necesario dejar a los policías verificar si entre mis costillas no escondía el cadáver del Presidente de la República o la caja fuerte del Ministerio de Hacienda! Después de esto le tocó el turno a los dobladillos de mi ropa, al fondo de mi maleta, a las suelas de mis zapatos. Evidentemente no había nada, absolutamente nada, por la sencilla razón de que a esa misma hora mi maleta, conteniendo setenta y dos kilos de documentos, cientos de fotografías, una bandera de los Cristeros y el texto de mi investigación, pasaba, como quien no quiere la cosa, ¡bajo las narices de la policía, a un kilómetro de allí!

Una vez contadas mis costillas, con mis dobladillos descosidos y mis zapatos descolados, la policía no tuvo más remedio que dejarme decirle adiós. Pero heme aquí, altanero como Artabán, atravesando el puente tendido sobre el Río Grande. Veinte metros más y estaré en los Estados Unidos. Aún diez metros. Todavía cinco. Primer agente de Aduana: le presento mis falsos pasaportes belgas. Pone los ojos como platos y exclama risueño: «O God, gij spreekst vlaamsch!». ¡El primer americano que me encuentro era un flamenco! ¡Nacido en la calle Haute hace cincuenta años! ¡Desde un cuarto de siglo atrás vive en los Estados Unidos! Nos pusimos ambos a dar bramidos inmensos. Le digo con sinceridad que ¡tenía gran temor de poder tener dificultades en la Oficina de Inmigración americana! ¡Dándome el brazo, Flandes y Walonia, descendieron a la Oficina de Inmigración!

Allí me doy cuenta inmediatamente de que esto se va a echar a perder. ¡Me toman por un «colado»! Enseño los billetes del tren y del barco hasta Havre, pero no hay nada que hacer. Para ellos soy un emigrante que trata de entrar dando la vuelta por México. Juro por todos los dioses, en francés, en flamenco, en inglés y en español que no tengo ninguna gana de fabricar en su casa conservas o automóviles Ford, mientras me van pasando de despacho en despacho, para responderme por todos lados que me sería denegada la entrada. ¡Vaya negocio! Todo mi dinero lo había empleado en mis billetes de regreso. No podía ni costearme el viaje por el otro costado, por las Antillas. Y he ahí que me encuentro bloqueado aquí ¡en el fin del mundo! Comprendo en seguida que no obtendré absolutamente nada de estos burros. Dando marcha atrás, regreso de nuevo a territorio mexicano y envío un telegrama a un obispo californiano.

Estaba acosado sin cesar por buscavidas y defraudadores. Me ofrecían atravesar el río, a escondidas, por la noche. Pero desconfiaba de los soplones. Resistí. Tres días después, el obispo había podido movilizar a una serie de peces gordos norteamericanos. El sheriff en persona vino a buscarme a Juárez. Pasé, con la cabeza bien alta, junto a los aduaneros mexicanos. Ya al otro lado del puente, donde me hicieron marcadas reverencias, respiraba a fondo. El México rojo ya no era más que un recuerdo. Estaba salvado.

